

ECO

REVISTA DE ESPAÑA



AGOSTO - SEPTIEMBRE

1 9 3 3

3

APARTADO 502

Biblioteca Nacional de España

MADRID

VITRINA DE LIBROS

LITERATURA

PROSA

Novelas. Ensayos. Biografía. Crítica. Viajes.

La vida azarosa y romántica de Carlos M.^a Bustamante, Victoriano Salado Hernández.—(Colección "Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX".—Espasa-Calpe.

Doña María Cristina de Habsburgo y Lorena (La discreta regente de España).—Colección "Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX". Espasa-Calpe.

Meditaciones suramericanas, Conde de Keyserling.—Espasa-Calpe.

Cuentos de muerte y de sangre.—Obras de Ricardo Güiraldes.

San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más, Miguel de Unamuno.—Espasa-Calpe.

Fantasia y realidad, María Enriqueta.—Novela.

Mentira desnuda, Antonio Marichalar.—Ensayo.—Espasa-Calpe.

La perfecta casada, Fray Luis de León.—Edición de M. Aguilar, de lujo, en piel.

El hombre que no era nadie, Edgar Wallace.—Colección Detective.—Editorial M. Aguilar.

La leyenda de Rosamunda, Joaquín de Entrambasaguas. Valladolid.

Del campo y de la ciudad, Luis Maldonado.—Cuentos.

El jardín del Amor, Alberto M. Candiotti.—Leyenda.

Ante el dolor y la muerte, Luis N. de Castro.

Vidas fértiles, Cristóbal de Castro.—Editorial Castro. 6 pesetas.

Cuaderno sentimental (estampas de Albacete), José S. Serna.

En el más allá, Carlos M.^a Ocantos.—Novela.—Editorial S. G. E. de L.

Las pisadas del chacal, F. Suárez de Elcoro.—Novela.

Rembrandt.—Biografía.—Emil Ludwig.

Don Goyo, Aguilera Malta.—Novela.

Trabajo, E. Zola.—Novela (nueva edición de Obras completas).

El caballo de carreras, E. Wallace.—Novela.

La cocina completa, María Mestayer de Echagüe.—Espasa-Calpe.

Brand, hijo de Ibsen, Teófilo Ortega.—Glosas.

Sangre en el barro, Antonio de Hoyos y Vincent.—Novela (paisajes patológicos).—Editorial Castro.—5 pesetas.

Raíz y decoro de España, Gregorio Marañón.—5 pesetas.

Cien mil y una milla (La vida en los grandes buques), J. Peraza de Ayala.—Editorial Compañía General de Artes Gráficas.—5 pesetas.

Sarah Bernhardt, G. G. Gellers.—Editorial Apolo.—7 pesetas.

Les centaures des Pyrénées.—Versión francesa, por madame Berthe Bridié, de la novela de Félix Urabayen.

POESÍA

La niña del caracol, Agustín de Foxa.—Editorial "Héroe".

El Alcázar de las Perlas, F. Villaspesa (nueva edición, "Colección Breviarios").

Poemas del amor violento, Tomás Seral y Casas.

Perito en lunas, Miguel Hernández Giner.—Editorial Sudeste.

España en romance, Enrique de Juan.

Los maderos de San Juan, Carlos María Vallejo.—Colección Isla.

Segador en el viento, José F. Díaz de Vargas.—Colección Isla.

Un fantasma recorre Europa, Rafael Alberti.—Ediciones "La tentativa poética".—3 pesetas.

Vida a vida, Concha Méndez.—Ediciones "La tentativa poética".—3 pesetas.

La invitación a la poesía, Luis Cernuda.—Ediciones "La tentativa poética".—3 pesetas.

Héroe.—Cuaderno de poesías, varios—seis—. Impresores Concha Méndez y Manuel Altolaguirre.



ECONOMIA. CIENCIAS SOCIALES. POLÍTICA. PEDAGOGIA

De cómo van las cosas en España, Salvador Canals.—Editorial C. I. A. P.

Mirando al porvenir, Franklin Roosevelt.—Editorial M. Aguilar.

La República..., ¿es esto?, Luis de Armíñan.

Alemania ayer y hoy, Antonio Ramos Oliveira.—6 pesetas.

La nueva catolicidad, E. Giménez Caballero.—5 pesetas.

Propiedad, trabajo y salario (bosquejo), Carlos María Ocantos.

LA TIERRA ES REDONDA

Admirable novela de aventuras de
LUIS DE OTEYZA,
el insuperable maestro del género.

La emoción, la viveza de estilo, el interés extraordinario que brota de sus páginas en progresión creciente, hacen de este libro, recién salido de las prensas, el camarada indispensable de los espíritus selectos. :- :- :- :-

300 PÁGINAS, CINCO PESETAS

EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA Y AL EDITOR

J. M. YAGÜES APARTADO 502 MADRID

J. M. YAGÜES - Editor

Avenida de Pí y Margall, 9.-MADRID

M. F. ALVAR

TÉCNICA CINEMATOGRAFICA MODERNA

La verdadera Enciclopedia del cine sonoro.

500 PÁGINAS

200 ILUSTRACIONES

30 PESETAS

VENTA A PLAZOS

APARECERÁN EN BREVE

Tratado de
Derecho mercantil
por **C. Cosack**

Tratado de
Derecho administrativo
por **A. Merkl**

El Derecho y la Política
por **H. Laski**

La crisis
en la democracia
por **H. Laski**

La crisis económica
mundial, 1929-1933
por **P. Einzig**

Fundamentos económi-
cos del Fascismo
por **P. Einzig**

Historia de las
doctrinas económicas
por **O. Spann**

Tratado de
Economía Financiera
por **A. Viti de Marco**

El Tribunal de Garantías
Constitucionales
por **N. Pérez Serrano**

El Crédito en el Derecho
por **A. Koch**

Teoría
de las condiciones
por **Oertmann**

PIDA USTED CATÁLOGO GRATIS

EDITORIAL REVISTA DE DERECHO PRIVADO

FERRAZ, 27

MADRID

APARTADO 8.053

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

ACABAN DE APARECER

Tratado de la Filosofía del Derecho
por **G. Radbruch**

20 ptas.

El Contrato de Cuenta corriente
por **A. Morando**

En esta obra el autor ha agotado la materia examinando las más destacadas cuestiones que en la doctrina y en la jurisprudencia plantea esta institución peculiarísima, elevada por los tratadistas a la categoría de contrato «sui generis».—*Agustín Vicente Gella*, Abogado del Estado, Profesor de la Universidad de Zaragoza.

15 ptas.

El Enjuiciamiento en el Derecho del Trabajo
por **Juan de Hinojosa**

12 ptas.

Jurisprudencia en broma y en serio
por **Rodolfo Ihering**

El libro, lleno de sugerencias, ideas y soluciones para teóricos y prácticos, es de esperar que tenga gran aceptación y alguna eficacia entre nuestros profesionales del Derecho.—*Revista de Derecho Público*. Madrid.

10 ptas.

La contribución territorial en España
por **P. Ballesteros**

El autor examina con la autoridad de profesor de Universidad y técnico en la materia, los antecedentes de este impuesto y la legislación actual, aclarando y dando valiosas soluciones para la práctica.

6 ptas.

Nuevos hechos, nuevo derecho,
de Sociedades Anónimas

por **J. Garrigues**

El autor, prefiriendo alejarse de la seca construcción jurídica, elige un tema de amplias perspectivas, de visión panorámica del ordenamiento jurídico de la S. A., estudiando el derecho vivo en vez del derecho mixteliteralizado de los Códigos.

6 ptas.

Sistema español de Derecho civil interna-
cional e interregional en forma de Código

por **M. de Lasala Llanas**

25 ptas.

En todas las buenas librerías y en la

«ECO» EN LA MONTAÑA

Por una vez se ha apartado ECO un poco del movimiento bibliográfico de última hora, que ha sido su camino para llegar al público. Y esta desviación—que si lo ha sido de los libros más recientes no lo fué del libro—la hizo nuestra Revista para asomarse allá a la Montaña y, conviviendo dos meses con hombres de la más diversa condición espiritual, daros cuenta ahora de ciertas impresiones recibidas y algunos trabajos literarios conseguidos de los más destacados valores extranjeros residentes en la Universidad Internacional de Verano de Santander. Debemos presentar a nuestro público el Dr. J. P. Keins, el conocido filólogo y crítico alemán, que se halla ahora en España preparando, para la Vossische Zeitung, de Berlín, una documentadísima serie de ensayos sobre los mejores escritores españoles. Asimismo, estamos muy satisfechos de poder insertar en este número el estudio que sobre el tan debatido Ulyses nos ha escrito el Profesor de Literatura de la Universidad de Belfast, H. O. White, y no olvidemos tampoco el amenísimo trabajo que, sobre la balada escocesa y su significado, nos envía Charles E. de Salis, que lo ha escrito directamente en español, y nosotros lo publicamos tal como salió de su pluma. La traducción de los otros trabajos fué hecha de completo acuerdo con sus autores. Esperamos que tanto éstos como los demás artículos que contiene este número, dedicado a la U. I., satisfarán a nuestro público. ECO, en su tercer número, tiene ya la enorme satisfacción de poder hablar de un público suyo.



¿ DANTE VIVO ?

Por JEAN PAUL KEINS

HA partido Papini en su libro de una idea fundamental: que sólo un poeta podría llegar a una exacta comprensión de otro poeta, y, además, habría de ser precisamente un florentino y un católico el que hurgase con el máximo provecho en lo más íntimo de la personalidad del Dante. Ya antes de Papini existió un poeta—también florentino y católico—que había tratado de hacer una biografía como ésta que ahora comentamos: Boccaccio. Sin embargo, el autor del *Decamerone* no consiguió hundirse lo necesario en la obra cuyo fondo intentó conocer, pues su mundo y el dantesco se movían independientes el uno del otro. En efecto, nada más difícil para un poeta que salir de su creación para indagar en la de otro, ya que las esferas poéticas son eminentemente subjetivas, y la tarea de cada genio poético es construirse una atmósfera autónoma para no salir de ella. De esta forma, el Dante se nos presenta en el libro de Boccaccio no tal como era, sino visto a través del modo de ser humanista y mundano del biógrafo y de su época.

Y Papini, ¿consiguió encontrarse con el Dante auténtico? Se siente impulsado por el loable deseo de presentárnoslo con todas sus virtudes y flaquezas, humanamente, huyendo así del endiosamiento y la idolatría que suelen presentar a esta gran figura en un plano tan elevado que no la reconocemos ya. Tanto se siente arrastrado Papini por este deseo de humanizar, que se dirige a su biografiado en uno de los capítulos—el segundo—tuteando confiadamente al Poeta, pretendiendo obtener de él un asentimiento cuando le dice, por ejemplo, que también solía divertirse en alegres excursiones con sus amigos y amigas en el hermoso escenario natural toscano como cualquier otro hombre libre de tan trascendentales preocupaciones. Pero esta *interview* es unilateral, ya que el Dante no responde. Henos aquí ante el error básico de Giovanni Papini: confundir el Dante que vivió con lo que hoy vive de Dante. Tratar al Alighieri co-

mo un contemporáneo, exigiría un material psicológico de comprobación de que el biógrafo ha tenido que carecer forzosamente en esta ocasión. El abuso de hipótesis psicológicas y la deficiencia de documentación histórica han sido causa de que se haya escrito, por ejemplo, tomando pie en los fracasos políticos del poeta: "Nació entonces en su alma la prepotente necesidad de una revancha victoriosa, de una revancha que le compensase de su inferioridad, de sus desilusiones." ¡Como si fuera posible que obra tan gigantesca como la *Divina comedia* pudiera encontrar su fuente en un sentimiento mezquino de envidia!

La emoción estética que nos produce la obra dantesca depende de que consigamos sentir en toda su realidad el ambiente en que se produjo, y esto sólo puede lograrse con una serie de investigaciones históricas. Y es precisamente Benedetto Croce, tan combatido por Papini en este punto, quien ha llegado a darnos una visión viva del Dante, utilizando como principal instrumento la documentación.

Realizando las investigaciones en el terreno de la Historia, que es el más amplio, surgen espontáneamente los datos psicológicos, que se hallan sembrados en él. Pero Papini, en vez de enlazar de este modo, estrechamente, ambos elementos, los separa, como podemos ver en el capítulo titulado "La deificación de Beatrice", cuando se ocupa del carácter que Dante dió a su amada en el grandioso poema. Al no preocuparse de la concepción que del amor tuvieron los predecesores del poeta, Guinicelli, Cavalcanti, etc., o los filósofos que ejercían sobre él influencia, tiene que limitarse a hacer constar que el Dante elevó a Beatrice como ningún poeta anterior lo había hecho. El sentimiento del amor, en sí mismo, es inmutable; pero sus modos de manifestación se adaptan a la circunstancia histórica en que cada amor se desarrolla. Así, Papini ha podido realizar el simple *hecho* del amor del poeta, pero no la *forma* de este amor. En

un capítulo anterior quiso el autor analizar la formación filosófica de su sujeto, y sólo nos hace una descripción de las influencias sufridas, sin valorarlas ni estudiar su significación histórica, sin medir el grado de participación que tuvieron en el espíritu del más grande ciudadano de Florencia. Esto me lleva a pensar en la magnífica obra de Karl Vossler sobre la *Divina comedia*, en la que desarrolla todos los elementos filosóficos, literarios, etc., etc., que contribuyeron a la formación de la epopeya dantesca.

Pero no surge una personalidad del estudio de Papini, aunque fuera ésta errónea. La personalidad es una entidad que flota sobre las partes que la componen, y nada menos adecuado para mostrarnos esa superior unidad que el método seguido en el titulado *Dante vivo*, en el que se despedaza la personalidad en mil facetas: Dante, mago; Dante, profesor; Dante, pecador... Y, conviene que insistamos en esto, aquí ha de verse de nuevo que Papini no realizó su tarea embebido en el conjunto de las ideas de la época.

Hubiera sido necesario, además, destacar la diferente parte que en cada aspecto de la obra dantesca tuvo cada una de las corrientes del pensamiento y cómo las interpretó Dante.

Pero, aunque no haya conseguido Papini hacer un vivo retrato de Dante, no pueden negársele varios aciertos en el detalle; así, cuando coloca frente a frente al Papa Bonifacio VIII y al Poeta, y también la explicación que da de la figura del *Veltro*, como abreviación de las palabras "Vangelo Eterno", empleadas por el profeta apocalíptico Gioacchino de Fiore, una de las mayores influencias del Dante. Otro punto que

no podemos dejar de señalar con aplauso es la idea original de inquirir la clase de sentimiento que Beatrice pudiera abrigar hacia el Dante. Es curioso notar cómo los únicos instantes en que el biografiado parece, en este libro, realmente vivificado, son aquellos en que se nos presenta en relación con las grandes figuras que lo rodearon, oponiéndose a ellas. De estos choques surge un Dante vital, el mismo que se echa de menos en el conjunto del libro.

Aunque debemos reconocer la exactitud del paralelismo que Papini ha señalado en su mejor capítulo, "La actualidad del Dante", entre las corrientes actuales neocatólica, paneuropea y simbolista, por una parte, y la fe del Dante, su idea del imperio y su pasión por las alegorías, por otra; aunque este acierto no puede negarse, tenemos que reconocer que estas tres rutas es posible que se esfumen en un tiempo no lejano, careciendo de la consistencia suficiente para basar en ellas la actualidad del Dante. Dante, artis-

ta, es siempre actual; si alguna vez no lo ha sido, como ocurrió en el Renacimiento, no fué culpa suya, sino de la época que no supo comprenderlo. En cuanto a su valor actual, nada puede pronosticarse, porque aún nos falta la visión histórica de la época en que vivimos.

Sea cual fuere la opinión que sobre este libro se tenga, es muy laudable la intención que anima a Editorial Apolo de dar a conocer al público español obras que tanto se comentan en la literatura mundial moderna. Mario Verdaguer ha llevado a cabo con un gran acierto la traducción española, adaptándose muy expertamente al estilo personal y vehemente de Papini.



CERRANDO LOS OJOS...

Por Rafael VÁZQUEZ-ZAMORA

CUANDO, tranquilo en la felpuda y moderna butaca, miro a la pantalla donde se desarrollan—en sombras y luces—escenas efectistas cuyo truco no pude asir, siento el deseo de que vuelvan a ser proyectadas al *ralenti* para descubrir la trampa, como ocurre si un prestidigitador repite lentamente—para descubrirnos la trampa—el juego que antes hizo en un santiamén, dejándonos boquiabiertos. Hemos vivido, los que estamos en la Universidad Internacional, dos meses veloces en los que, a decir verdad, no ha ocurrido nada (en el sentido súbito de *ocurrir*). Fué algo muy sutil lo que se formó en este tiempo; un espíritu. Muchos días de respirar un ambiente producen una serie de ideas, de afectos, de convencimientos, en pocas palabras: un modo de ser, y mientras el ambiente entra en nosotros, somos de una cierta manera. Es preciso salir de él para poder distinguir la nebulosa que nos parece de lejos. Por ello, ahora que estoy en la butaca, quiero ver proyectada, muy despacio, esa carrera de dos meses, la nube ambiental dentro de la cual me moví. Así veré las moléculas de polvo y los artificios. Para que comience el cine han de apagarse las luces. Yo, para proyectar mi *film*, he de cerrar los ojos.

DECORADOS

La península de la Magdalena. Retorciéndose al Norte, este pequeño trozo de España simboliza la tendencia europea en un país que, geográfica y espiritualmente, es el extremo huidizo de Europa. Los fundadores de la Universidad Internacional de Verano, en cuya mente alcanzó esta institución una gran altura espiritual, encontraron para ello nido adecuado en la grandiosidad de la montaña santanderina, de sus costas, del profundo sentido histórico de estas tierras y de la significación literaria de que Santander puede enorgullecerse.

En lo alto de un montículo, el Palacio. Cerca de la playa, las antiguas Caballerizas, hoy Residencia. Frente a este pabellón, el

campo de deportes extiende su enorme mantel verde, a lo largo de la playa salpicada de rocas. Los pinos rodean por todas partes al Palacio, haciendo salutíferas y agradables las idas y venidas al pabellón. Junto a éste, una construcción reciente, de acentuada sencillez, que lleva un sonoro título: El Aula Máxima. En ella se quiso alojar a la Cultura. Pero es tan sutil, tan escurridiza, que se escapó con frecuencia a entremezclarse con los aires de mar y los perfumes ásperos de monte. Su gran C mayúscula era tan desmesurada que se le quedó enganchada en la puerta máxima y entró sólo mutilada.

* * *

Unas cristalerías encortinadas separan dos escenas despaciosas, tranquilas. Calma. Todo está quieto allí, en la bahía, y aquí, en el salón. No, algo se mueve, pero tan despacio, tan despacio, que cuesta un esfuerzo tal verla mover, a aquella lanchita que mancha con su vela el verdoso difuso de la bahía, tanto trabajo cuesta verla mover como a la oruga que sube, lenta, lenta, por la pared. En el salón, inglés de estilo, hay dos ingleses frente a un señorial ajedrez. Mueven, de cuando en cuando, una pieza; y sus movimientos no parecen naturales, sino un *ralenti* tomado con una máquina intelectual de mente fija, policíaca, sherlock-holmesca, de pipa. El humo que sale de sus cigarros va, por uno de los cristales abiertos, hacia el paisaje, haciendo volutas por entre los caballos, las torres y los alfiles. Mirad ese caballito de madera con su eterno gesto tallado de asombro. De estupefacción ante la terrible potencia de dos inteligencias en tal tensión, serenas al parecer, sobre su blanca madera. El piano lanza notas que no parecen formar un conjunto armónico, de espaciadas que son. Se van, danzando, esas notitas agudas a caer en las aguas aburridamente quietas y hacen ondas musicales en el espejo líquido.

Cortinas azules, saloncito inglés, humo azul, ingleses rojos de mente azul. Cielo pesado, de plomo, que es difícil distinguir de

las borradas montañas del fondo. ¡La lan-
chita está ya mucho, mucho más allá! Des-
pacio, tranquila, sin mover el agua, pero an-
duvo. La mente de los ingleses también ha
avanzado, deslizándose por el blanquinegro
tablero. ¡Ya cerca uno de ellos al rey! Pero
lo hace con cariño, sin ensañarse; y el peque-
ño monarca de ajedrez ha caído, insignifican-
te, en este Palacio donde una vez estuvo un
rey que también se hundió en la mayor cal-
ma. Ni ahora ni entonces hubo gritos. La lan-
cha ha vuelto a pasar. Ahora corre. El piano
acelera. Las notas se precipitan. Entra gen-
te. Se charla. Se ríe. Se fuma. El humo es
ahora denso y molesto. Otros, españoles, jue-
gan ahora, moviéndose mucho y charlando,
en el mismo tablero.

* * *

En canoa, remontando un río. A cada mo-
vimiento del timón, a cada pequeño recodo,
aparece un nuevo, magnífico espectáculo na-
tural. Si el paisaje es un estado de alma,
¡cuántos brincos no ha de dar el alma en lu-
gares como éstos para irse adaptando a las
distintas facetas, siempre superándose en be-
lleza! Millares de hojas verdes, verdes. Som-
bra de encaje. Lianas que caen al agua des-
de árboles altísimos, encorvados. La quilla
va hendiendo una superficie sin arrugas, que
algunas olas parecen acariciar cuando se des-
lizan suavemente sobre ellas, conduciendo
cuerpos jóvenes tiznados de salud.

Tierra adentro. Bastaría una palabra:
VERDE, para describir a toda una región
de España. Esta tierra tan velluda de hier-
ba, este cielo triste, el tonillo caído del ha-
bla montañesa; la grandiosidad del paisaje
en contraste con el afán de esta gente que,
sobrecogida, como en un templo, de hallarse
puesta por la Divinidad en tan imponente
escenario, lo reducen todo, se empequeñecen,
adorando el diminutivo: montaña, Pílu-
ca, maquina, casuca; todo esto ha de im-
primir alguna huella en la sensibilidad de
un andaluz. Y en el cuaderno de notas del
hombre del Sur han aparecido impresiones
que el Norte dejó en él. Así, al correr del
tren, ha escrito unas líneas a la Montaña, y
le ha dicho:

Verde claro son tus prados;
tus árboles, verde intenso;

verde adornado de rojo
con tus collares de techos.

Luego, al mirar hacia arriba, sintió ver el
cielo tan triste:

Mal enjabelgaron los dioses tu cielo
con brochazos de nubes.
Pellejos vacíos
de tanto llover.

En una playa, un grupo de chiquillos jue-
ga a hacer montecitos:

Tus niños, Santander,
Copian con arena tus montañas.

PERSONAS E IDEAS

De una carta a un amigo:

"Estamos ahora, tú y yo—como todos
esos muchachos, señores y chicas y todas las
palabras doctas que aquel sabio pronuncia—,
siendo agitados con brío en la gran cocktele-
ra intelectual: el Aula Máxima de la U. I.
Ideas de muchas clases se engarzan más o
menos hábilmente en rosarios de una hora y
cerebros de todas las regiones tienen que des-
granarlos. ¿Qué va a obtenerse de aquí?, me
preguntas. ¿Será el licor que reanime al inte-
lecto español, un tanto aletargado? No pue-
do responderte, porque esto me llevaría nada
menos que a tener que darte mi opinión so-
bre la juventud española que va a las Uni-
versidades. Y si te dijera poco sobre ello, me
interpretarías mal, y decirte mucho sería ha-
cer de moralista. No puedo serlo con eficacia,
y además sería tachado de enemigo del régi-
men. Tú mismo vas a obtener tus conclu-
siones si algún día te cuento mil pequeños
detalles."

* * *

Es curioso observar cómo se abandona
hoy el *pensar* de iniciativa privada por el
estudiar sistemático. Cómo se aferra la ju-
ventud que aprende por asir el tópico para
no caer en el vacío de sus inexistentes fa-
cultades creadoras. Los apuntes sacados en
limpio, son todo un símbolo.

* * *

Yo no sabía que la palabra "frivolidad"
tenía un sentido tan amplio.

* * *

Es desazonador atisbar los numerosos factores educacionales que, por una razón meramente de constitución psíquica, han de quedar fuera de la educación universtaria. Y no me refiero con esto a que no se siga corrientemente más que una determinada dirección profesional. No; se trata de algo más allá de los problemas de especialidad o de amplitud de estudios: de la enorme esfera de actividad espiritual con que cada joven de hoy se encuentra irremediabilmente en su vida diaria. Es esa importantísima serie de conversaciones insignificantes donde no es posible desempaquetar una teoría.

* * *

Prefiero a los que pueden decir cosas interesantes en las horas de ocio, porque ellos saben lo que significa, socialmente hablando, el ocio. Preveo vuestra objeción, pero debéis pensar que es posible el ejercicio hábil de las facultades superiores sin citar a Platón o aunque no se conozca la última obra del profesor X. Precisamente en las conversaciones más triviales es donde resulta más de lamentar ese afán de cerrar el cerebro a la vez que el libro.

* * *

¡Qué pocos libros se han escrito sobre la conversación! Me ha sorprendido siempre el que carezca de bibliografía y de estudios especiales algo que puede incluso servir para que los extranjeros nos definan. Pero llevas razón, lector, cuando piensas que la conversación es una de las facultades, con minúscula, y no es posible crearle una de nuestras Facultades, con mayúsculas.

* * *

Sería del mayor interés para la educación nacional que un ministro de Instrucción Pública conviviera durante dos meses con una selección de estudiantes y profesores españoles. Y al decir *convivir*, quiero decir viendo a los jóvenes españoles desde todos los ángulos. Pero esto no es posible para una persona oficial. Sólo un compañero puede entrar en el modo de vivir un muchacho. Por esto puedo explicarme esos discursos que los personajes de altas esferas pronuncian, con tan ingenua convicción.

* * *

Otro fragmento de carta:

"Dentro de este espacioso recinto han sonado los heraldos de las más variadas manifestaciones del saber humano. Los electrones se mueven vertiginosamente. Lentos, pasan los indios de nuestra América trayéndonos el oro a cuestras. En los alimentos hay vitaminas, pero algunos no las tienen en absoluto. (¡Ah! He aquí que el comedor se alborota.) El sol da unas vitaminas magníficas. Gran éxito en la playa. La voz serena, flúida, de Menéndez Pidal, es una excelente propaganda de ese castellano de cuya evolución se ocupa en su conferencia. Pues ahí tienes que vamos volando sobre el siglo XVI, y Américo Castro ha visto cómo flota por encima de él una nube: el sentido general del siglo, y ¡la sabe apresar tan bien y desplegarla ante nosotros en tan sugestiva forma! ¿De quién son esas palabras, fuertemente pronunciadas, tan seguras, precisas y ranciamente castellanas, que van pintándonos la literatura de los tiempos dorados de España con novísimo pincel, haciendo destacar tras los libros el sentir y el pensar de nuestros antepasados dieciseisescos y diecisietescos? No es un profesor español. Karl Vossler, uno de los modernos príncipes del Intelecto, no reconoce fronteras para sus dominios espirituales y ha llegado a dominar magistralmente a toda una época española. Pero volvamos la vista a este otro lado y admiremos la evolución que ha sufrido el caballo. Cuando hayamos terminado, vamos a subir un poco a la azotea de la Política y veremos desde arriba los problemas que en la baja política apasionan tanto. Muchas otras cosas hemos visto, pero después de un viaje no se suele estar en disposición de contarlos todo recién llegado."

UN TABLADO BAJO EL CIELO

Suenan retonantes martillazos en el gran patio abierto del pabellón. Unos hombres revestidos de mono azul. No son mecánicos; todo lo contrario. Se unen tablas con tablas. El tablado está levantado. Cortinajes negros se mueven, fantasmones, con el viento cargado de sal. Estos hombres, que parecen haber venido a arreglar la luz eléctrica, se sientan, al extinguirse la auténtica, alrededor de uno de ellos, también en azul. Pero éste es de azul hasta por dentro. Es el poeta. Está

aquí La Barraca. García Lorca le puso los cimientos.

* * *

Estos muchachos están realizando una magnífica labor, y no acierto a comprender el silencio en que la crítica los envuelve. Se les cita, se dicen cosas *standard* sobre ellos. Pero es que de *La Barraca* hay que hablar de otra forma de como suele hacerse con el teatro "corriente", por llamarlo de algún modo. En un momento de crisis teatral como el presente, ese grupo de jóvenes actores que, con una perfecta declamación, van sembrando por los campos de España palabras doradas, ese esfuerzo desproporcionado a las fuerzas de actores no profesionales, esa labor realizada en los pequeños pueblos que nunca supieron de comedias, todo esto, digo, merece más que un comentario, más que una breve nota en los periódicos o un artículo al uso. En España hay un manantial inagotable de donde brotan incansablemente figuras, figurones y figurillas dramáticas, cómicas, trágicamente reales y grotescamente ficticias.

Salen asimismo en ese chorro ideas que hoy nos parecerían demasiado *avanzadas* para nuestra época, si nos fuera dado ignorar dónde estaba la fuente y pudiéramos beber sólo el agua reconfortante que de ella sale. Esa roca eterna de donde manan las posibilidades teatrales que muchos consideran hoy agotadas es, ya lo habíais adivinado, nuestro Teatro Clásico.

Lo que más profundo sentido educacional ha tenido en esta llamada Universidad Internacional, y lo único que ha hecho penetrar a los extranjeros aquí residentes en la medula de España, fueron esas cuatro representaciones de *La Barraca*. ¡Cómo he admirado los tres modos diversos de actuar que estos chicos han empleado para los entremeses, *Fuenteovejuna* y el auto sacramental *La vida es sueño*! Tres maneras de representar. ¡Creéis esto muy natural en quien pretende dominar la escena? Sí lo es; pero es bien raro el que veamos en los tablados españoles la necesaria ductilidad en el trabajo del actor. He aquí cómo unos muchachos que habéis visto, como personajes guignolescos, como monigotes, decir el maravilloso tejido de verdades en bandeja de plata que son los entremeses, y decirlo con gestos que son muecas,

en un decorado que es también una mueca, pero acoplándose gesto y escenario a la letra, como la música al instrumento que la produce. ¡He aquí que en *Fuenteovejuna*, esos peleles son ya hombres que pueden ser de estos días o de hace varios siglos o de los próximos! ¡Ese cuadro del momento en que el pueblo se lanza sobre el comendador! La luz, roja; las figuras, de sangre hirviente. El hombre que ofendió al pueblo en una de sus hijas está ahí, y tiene un miedo que lo mataría si estas hoces y estos palos no fueran muy pronto a llegar a él. Y el público no sabe si siente miedo por estar dentro del señor malo o si también lo odia por creerse mezclado a aquella gente. Tal es el momento escénico, que todos estamos mentalmente en el tablado, y Lope, allá, no sé dónde, se ha estremecido.

La vida es sueño. ¡Qué fácil es llegar al más exagerado ridículo en la representación de este auto! ¡Cómo es posible que un grupo de compañeros míos consigan ahora tan a la perfección ser ahora nociones, entes abstractos, tras haber sido monigotes y hombres universales? La obra calderoniana hecha palabras, luz y movimiento en este lugar y en esta época, me ha hecho pensar mucho en Calderón, en el teatro y en mis particulares ideas religiosas.

INTERNACIONALISMO PSÍQUICO

Hay muchas maneras de hacer labor internacional, pero casi todas infecundas. Se pronuncian muchos discursos para unir a las naciones, pero no se busca la cuerda que las una. Se llama Internacional a una Universidad y no se encuentra, quizá sin culpa, esa corriente de simpatía entre nacionales y extranjeros que debe ser el ligamento indispensable en asociaciones de este tipo.

Los idiomas tienen un significación que va mucho más allá de la simple utilidad comercial, del snobismo y de los deseos de comprender el cine sonoro. Se trata nada menos que de los instrumentos con los que puede labrarse el campo internacional. El cariño a un idioma extranjero lleva en sí una carga psíquica que nos haría ver con desagrado complicaciones nacionalistas entre nuestro país y aquel otro.

Burlarse de un extranjero porque no ha-

bla bien nuestro idioma es incalificable, y, sobre todo, me subleva extraordinariamente la costumbre de algunos de repetir equivocadamente lo que el extranjero dijo mal para facilitar la charla y que el interlocutor no se aperciba de su equivocación. Es una misión espiritual que sobre todo en una Universidad como ésta, que pretende ser Internacional, tiene que ser cumplida por cada uno de los numerosos alumnos y profesores que el Estado español ha pensionado. No basta, para calificar de Internacional a una Universidad, que extranjeros y nacionales estén bajo el mismo techo; esto sería un Gran Hotel y nada más. Se necesita de hombres que, por ejemplo, prefieran corregir pacientemente a un extranjero su confusión entre "ser" y "estar" y le impidan decir "estoy inglés", que prefieran esto a reproducir en la Magdalena el género de vida tertuliesca que podrían haber llevado en cualquier casino español o en la puerta de cualquiera honrada casa de vecinos.

Uno de mis mayores placeres espirituales ha sido observar cómo una amistad, en su más elevado sentido, entre varios muchachos de distintas nacionalidades, ha podido llevarnos al convencimiento de que existe un nivel anímico donde las fronteras se han esfumado y la diversidad de idiomas y de ban-

deras impide tan poco a una fructífera comunicación espiritual como, por ejemplo, el ser moreno o rubio. Los españoles sutiles se han sentido más cerca de los extranjeros inteligentes que de muchos, demasiados, de sus compatriotas. Y, asimismo, muchos de aquéllos han encontrado en España amigos con los que pudieron hablar de las cuestiones más interesantes y olvidaron fácilmente muchas pseudo-amistades que habían quedado allá. Alegrémonos, existe en el mundo una selección que no fué hecha por ningún centro oficial, sino por la Naturaleza, de individuos que se conocen entre sí a poco que hayan hablado, y que no reconocen otro imperialismo que el del espíritu.

Estos hombres, cuyas mentes no están teñidas con los colores nacionales, son los que realizan el internacionalismo psíquico, el único que no se queda enredado entre los discursos y los libros.

* * *

Tú esperabas, lector, que yo te hablase también de la mujer en la Universidad Internacional. Pues bien, no voy a decirte nada de ello. No puedo olvidar la tradicional galantería nuestra.

Santander, septiembre de 1933.



Crisis intelectual

EL número, creciente sin cesar, de intelectuales, ¿no planteará, dentro de pocos años, un problema económico y social grave? Es evidente que vamos hacia un constante aumento de la producción intelectual. Podríamos, *a priori*, alegrarnos de ello, pero no tardaríamos en encontrar los peligros que encierra, pues ¿no traerá consigo esa superproducción la mala calidad?

No empleamos sino a pesar nuestro esa

terminología, que sólo se usa en la actividad industrial y comercial; pero prescindir de esas palabras sería ir contra la realidad. En efecto, cada vez se quiere exigir del trabajo intelectual que provea a las necesidades de más hombres, y nos vemos forzados, queramos o no, a reducir las elevadas cuestiones de la producción espiritual a materiales problemas económicos.

* * *

Y, ante todo, ¿qué valor debe darse al trabajo intelectual? O, mejor, ¿es posible que la actividad espiritual tenga un valor cifrable? ¿Qué vale el trabajo de un médico que salva la vida humana? ¿Cuál es el justo precio de la defensa que hace un abogado del honor o de la vida de un hombre? ¿Qué vale el trabajo del que encuentra en el laboratorio los elementos de un descubrimiento que otro va a terminar? ¿Cómo calcular lo que vale una buena enseñanza? Todo ello, ¡qué difícil el resolverlo! Y, sin embargo, la remuneración de las obras del espíritu se ha hecho, hasta hoy, sin gran dificultad. Los intelectuales han venido siendo deficientemente pagados, por lo general, y se han creído justamente remunerados, porque encontraban en su actividad la satisfacción de un afán por el trabajo, enriqueciéndose de nuevos conocimientos y de fama.

Pero hoy se abre paso una nueva moral: el trabajo intelectual da a su productor beneficios tangibles, si es intelectual, por lo que esto puede tener de traducción lucrativa. Más que a la ciencia que se ha escogido, se interesa hoy el hombre por su aspecto práctico. Se ha llegado a la incongruencia de pedir al capital "espíritu" una renta "materia"...

Y pronto vendrán la superproducción y la excesiva concurrencia, que se opondrán a la realización de los beneficios que se esperaban, quedando así reducidos forzosamente a la huelga gran parte de los trabajadores del espíritu, que llegarán, de este modo, a constituir un proletariado decepcionado y sin ideal. ¿Qué obras podrán resultar de estas huestes?

Si se envilece la producción, ha de seguir infaliblemente la depreciación. El público que consume los productos intelectuales encontrará despreciable esa mercancía envilecida por el afán de lucro de su productor. Es de suponer que este público vuelva su

atención hacia otras actividades, ya que la vida moderna le ofrece una insospechada gama de distracciones. Ahora bien, en este buscar sensaciones extremas, que es una de las características de nuestra época, puede perder mucho la inteligencia.

* * *

Hay un país que parece haberse dado cuenta de la gravedad del problema: Rusia. La Rusia de hoy ha creído comprender la falta de adaptación que existe entre el antiguo sistema de estudios universitarios y la cantidad actual de obreros espirituales. Por esto, evitando un criterio de generalidad, busca la especialización. En Rusia, los estudios superiores forman a los estudiantes para que sean ruedas especializadas en la gran máquina del Estado. Esto tiene, ciertamente, la ventaja de evitar la huelga intelectual; pero ¿podrá contribuir a evitar la depreciación del trabajo del espíritu? Cier to que todos los intelectuales tienen un empleo; pero también lo es que están engarzados en la montura estatal. Están libres de preocupaciones materiales, pero laboran en un sistema de mandato. Trabajan para el Estado y no para el hombre, para una Mecánica y no para una Inteligencia.

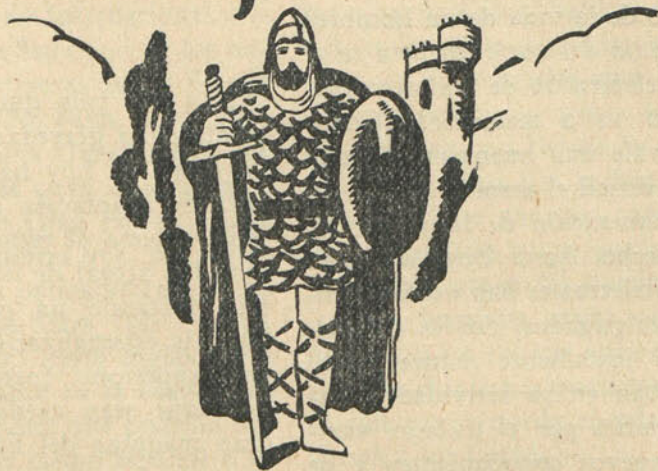
* * *

El problema parece, pues, insoluble. Dos factores están en presencia: la antigua forma de los estudios universitarios y el número creciente de intelectuales. Su coexistencia parece que deberá llevar a un fracaso el cultivo espiritual. Hay que modificar uno de los dos: o se cambia el sistema de los estudios—y no queremos decir con esto que lo ideal sea el plan universitario ruso—, o se disminuye el contingente de intelectuales. Pero este último es ya otro problema, y muy grave.

ANDRÉ LUBAC



La BALADA el ROMANCE y la psicología nacional



LA *Balada inglesa* no es más ni menos que lo que corresponde en aquella literatura al *Romance* en la española. Este género lírico-épico, como es sabido, ha existido en toda Europa; pero—y esto es lo que nos interesa en este momento—tuvo simultáneamente en España e Inglaterra un florecimiento maravilloso; tanto, que esta forma poética, no poco tosca y convencional, perteneciente más a los géneros chicos populares que a la zona de las grandes obras poéticas, se convirtió en uno de los fundamentales medios expresivos de los dos pueblos.

¿En qué consiste nuestro interés en los géneros épicos y épico-líricos populares? Problema complejo y profundo que aquí no trataremos de aclarar. Sólo subrayaremos una de las razones más potentes. La epopeya y el romance o balada, formas poéticas populares o semipopulares, son, de todas, las que reflejan más claramente el carácter esencial de un pueblo. El poeta—sea un solo individuo o una serie de individuos—, por la tácita aceptación de la ideología local, por la perfecta asimilación de su propia personalidad a la de la sociedad a que pertenece, nos ofrece, inconscientemente, una visión directa de la psicología y la vida de su época. Visión, además, profunda, porque trasciende lo accidental y revela lo incambiable; no sólo sentimos el ambiente de la región y de la época, sino también el ambiente nacional, la emo-

ción nacional. La rivalidad del Cid con Alfonso VI, pequeño trozo de la historia medieval, se ha convertido para nosotros en símbolo de la historia nacional española y de la psicología española. Asimismo, la canción de Rolando, que ni siquiera relata un genuino hecho histórico, expresa de una manera maravillosa la esencia del espíritu francés.

Epopeya popular ha tenido Inglaterra también, ciertamente; pero — gran lástima para la literatura inglesa—esta epopeya no es accesible más que a los filólogos. El *Beowulf* es incomprensible al inglés moderno. Con tanta rapidez se ha desarrollado el idioma que, sin previos estudios filológicos, el inglés de mediana cultura no entiende con facilidad la literatura nacional de antes de Chancer. En cuanto al anglo-sajón, el idioma en que está escrito el *Beowulf*, le es más difícil y más extraño que el alemán actual. Pero si nos falta un Poema del Cid, tenemos acceso a la otra gran clave de la psicología nacional, del sentido nacional: tenemos un Romancero que puede competir en su riqueza y valor poético con el de España, aunque, claro está, no superarlo.

* * *

La Gran Bretaña de los siglos XV y XVI no es todavía un reino unido, sino dos reinos enemigos. Entre Escocia e Inglaterra, guerras frecuentes. En la misma frontera, gue-

trillas incesantes en las que se requerían, no ventajas territoriales, sino—seguramente el motivo menos noble e indudablemente el más antiguo para una guerra—ganancias personales. La rivalidad material—no sentimental—entre las tribus de los lados opuestos de la frontera era continua y agudísima. Un noble—es decir, jefe de tribu—hace una incursión en tierras de otro, le roba el ganado, sale perseguido; el otro se venga; luego, la contravenganza y así sucesivamente. El lector español se acordará en seguida de las algaras de la frontera cristiano-árabe. Porque la Reconquista, aunque, en el fondo, una lucha mucho más significativa y noble que esta primitiva rivalidad de tribus inglesas y escocesas, degeneró más de una vez en la mismísima lucha elemental entre nobles o reyecillos codiciosos.

No siempre, en casos de psicología nacional, la misma causa da el mismo efecto; pero aquí, sí. En España nace el Romance fronterizo. En esta región anglo-escocesa, la *Border Ballad*.

En algo más son parecidas las dos situaciones: en el carácter duro y peligroso de la vida del hombre en las dos regiones en que se encuentra el fenómeno. En cuanto a España, la vida era dura, como lo es todavía en los pueblos lejanos de Castilla, y mil veces más peligrosa. Basta recordarse aquello de:

"Siete años había, siete,
que no me desarmo, no."

Y

"mi cama las duras peñas;
mi dormir, siempre velar."

Sobre las colinas del *Borden*; una vida igualmente guerrera, peligrosa; un clima igualmente duro; inviernos largos, oscuros; cielos siempre cubiertos, nieblas y lluvias, lluvias, Tierras altas, sin árboles; ríos crecidos, peligros; pantanos. Tierra noble, como la española; pero tierra de tragedias: batallas, asesinatos, raptos. Los hombres, dotados de la exagerada sensibilidad nórdica, se apasionan íntima y violentamente, y manifiestan su pasión, no en palabras, sino en acciones crueles, brutales, rudas.

En esta tierra nace la Balada. Si hojeamos una colección de estas poesías, escritas en su expresivo y sensible dialecto escocés, veremos

que son una sucesión de tragedias; tratan de venganzas, de sangre, de catástrofes terribles. El ambiente es continuamente fúnebre. La lluvia y el frío ha matado la risa:

*"The wind doth blow to-day, my love,
And a few small drops of rain;
I never had but one true love;
In cold grave she was lain."*

*"Open the door, Lord Gregory!
Open and let me in!
The wind blows loud and could, Gregory,
The rain drops fra my chin."*

*The shoe is frozen to my foot,
The glove unto my hand,
The wet drops fra my yellow hair,
Na langer doav I stand."*

No hay risa, pero hay una cosa que, si es tan alegre como la risa, de cierta manera la puede sustituir en el alma humana: este fenómeno es la imaginación. En los países donde el sol no hace destacar al paisaje con una claridad perfecta, indiscutible, donde las formas se hacen indistintas en la niebla o el crepúsculo septentrional, el hombre idea fantasmas, hadas; inventa toda una mitología de la oscuridad. De esta fantasía nacida del miedo y desarrollada por la rica imaginación popular, están llenas las Baladas. El poeta Thomas monta el caballo de la Reina de las Hadas y ésta le enseña los tres caminos del mundo: el del Bien, el del Mal y el más hermoso de todos: el del País de las Hadas:

*"And see ye not yon bonny road
That winds about the fernie brae?
That is the road to fair Elfland,
Where thou and I this night maun gae."*

Emprenden el viaje, y, de pronto, nos es revelada una visión de ese mundo de la imaginación poética:

*"O they rade on, and farther on,
And they waded rivers abme the knee,
And they saw neither sun nor moon,
But they heard the roaring of the sea."*

*It was a mirk, mirk night, there was nae starlight,
They waded through red blude to the knee;
For a the blude that's shed on the earth
Rins through the spaings o'that countrie."*

Lo trágico y lo imaginativo, estos son los dos principales rasgos de la *Borden Ballad*.

Pero aunque la más rica, la más lírica, ésta no es la única forma que toma la Balada en la Gran Bretaña. Inglaterra, más suave, más alegre, más luminosa y más pacífica, también produjo sus baladas. Son, sobre todo, descripciones de la vida y hazañas del simpático arquero y bandolero, Robin Hood. Pero aquí, ¡qué cambio de ambiente! Todo es primaveral, alegre, buen humor; falta la pasión, la imaginación de la balada escocesa; pero hay ese equilibrio, esa solidez ingleses, ese gusto del campo y de las flores:

*"In summertime, when leaves grow green,
And flowers are fresh a gay,
Robin Hood and his merry men
Were all disposed to play."*

La misma muerte del héroe es una escena más bien sentimental que trágica. Hay una falta de tensión nerviosa, una falta de miedo, que después del atormentado apasionamiento de la Balada escocesa, nos agrada francamente. Así, un psicólogo pudiera trazar la diferencia profunda que hay entre la psicología de estas dos naciones, unidas políticamente hace tanto tiempo. En todo caso, son dos naciones hondamente poéticas; la una, productora de tantos poetas cultos y unos pocos populares; la otra, la escocesa, productora de una poesía popular espléndida y de algunos pocos poetas cultos, todos inspirados en la riquísima tradición folklórica.

CHARLES E. DE SALIS



LIBROS SIN HACER

LITERARIOS

LOS TEXTOS

EN LA ESCUELA

Por J. L. SÁNCHEZ TRINCADO

El director de la Revista Eco me encarga unas cuartillas para el número dedicado a la U. I. de V. de Santander. En representación del grupo de Inspectores de la primera enseñanza, uno de los más numerosos, aportaré a este valioso número la modestia de unas consideraciones pedagógicas sobre la Literatura en la escuela.

LA Paidología o ciencia del niño no ha determinado aún cuál ha de ser el mínimo de conocimientos que ha de poseer un escolar normal en el instante en que pasa de la escuela primaria a la escuela secundaria. Sin embargo, aunque sin el control de una determinación científica, todos estamos seguros de que, para poder dar por terminada la instrucción primaria, necesitamos haber dado a conocer al niño, con mayor o menor intensidad, algunos nombres y algunas obras literarias, dándole noticia de Cervantes, El

Lazarillo, El Alcalde de Zalamea, La Celestina, Quevedo, Tirso, Fuenteovejuna, El Criticón, Zorrilla, Galdós, Miró, Unamuno, etcétera, etc.

Las Bibliotecas que envía a las escuelas el Patronato de Misiones Pedagógicas o las que las mismas escuelas obtienen, mediante diversos procedimientos adquisitivos, comprenden generalmente una suma de textos literarios y de ellos suelen hacer los maestros, enterados de su oficio y de su misión en la escuela, tres usos distintos.

En primer lugar, la escuela es, naturalmente, el sitio donde se enseña a conocer la lengua patria. La metodología de esta enseñanza es muy simple. Para conocer nuestro idioma hay que leer a los escritores que mejor le manejaron. Hay que acudir a los grandes literatos, desde Garcilaso a Valle-Inclán, desde Gracián al Duque de Rivas. Los libros de la escuela primaria son aquí los mismos

de todas partes: una o dos o diez, o las que se puedan, obras maestras del estilo.

Y aquí hay que exclamar: ¡Cuidado con las antologías! Porque, en efecto, es sumamente pueril pensar que para estudiar el castellano que escribió Quevedo, por ejemplo, es preciso acudir a un libro de trozos escogidos, cuando un maestro encargado de esta enseñanza y con una cultura media, sabe elegir para cada momento de su labor y para cada lección aquella diversidad de textos precisa, acudiendo a los libros consagrados, en toda su frescura, orden y riqueza.

En cuanto a los textos literarios como auxiliares para la metodología de la lengua, no hay "libros para niños", de los cuales quisiéramos hablar hoy, pero hemos hablado de estas obras maestras que no deben faltar en la escuela para siluetear lo que ha de ser una biblioteca escolar infantil y para hablar de esta primera aplicación de las obras literarias en la labor de la escuela primaria.

La segunda aplicación es ésta. En la escuela ha de hacerse sumariamente un programa de Historia, y se sobreentiende de Historia de la cultura. Hemos de hablar del hecho histórico de la aparición del *Quijote*, como de la de un cuadro de Goya, del invento de la imprenta o del descubrimiento del Pacífico. Entonces no nos interesa la página mejor escrita ni más bellamente compuesta de un autor; nos interesa "la página más característica". El pensamiento esencial de las ocho o diez obras maestras de las que, situándolas en el tiempo histórico, se ha de dar sucinta noticia a los niños, al menos a los de grado superior, es lo que ha de intentar recogerse en las lecciones que para ellos se den. Y para dar estas lecciones sí entiendo que serviría de auxilio un libro de los que están por hacer. Un libro que señalase esa docena aproximada de obras geniales, que trazara las líneas generales de la evolución de los géneros literarios y, en estas amplias líneas, situase las obras maestras elegidas. Que recogiera las páginas más características, donde ocurran los hechos esenciales y donde más claro se refleje el pensamiento del autor.

Con las obras maestras de la literatura se ha intentado, con ánimo de acercarlas y hacerlas comprensibles a los niños, distintos procedimientos de adaptación. Uno de ellos ha consistido en relatar el "argumento" de

la obra dada, simplificándolo y haciéndole accesible, infantilizándolo. A mi juicio, la sustancia de la obra se pierde, puesto que ésta no está en el asunto, sino en tres o cuatro momentos de la obra, los cuales hay que transcribir íntegramente, engastándolos en una relación del argumento que les sirva de esqueleto. Es tarea falsa la de adaptar por este procedimiento las obras maestras al alcance de los niños.

En cambio, se ha hecho recientemente un ensayo, con singular felicidad, por nuestro compañero de Madrid, Alejandro Rodríguez, con su libro *Flor de leyendas*, en el que los héroes de las viejas leyendas clásicas, orgullo de las más ilustres literaturas y deleite de las imaginaciones de los hombres más diversos de todos los tiempos, aparecen con su cuerpo y su alma, sin perder su sustancia, íntegramente, pero plenamente accesibles a la imaginación infantil. No son ya las obras maestras adaptadas, sino dadas enteras, esencialmente, disueltas en un líquido asimilable por el espíritu del niño. No han sido elegidas con ese criterio histórico a que antes aludíamos, porque la obra de Alejandro Rodríguez no se proponía un fin didáctico, sino educativo de la imaginación y del sentimiento, pero ha sido oportuno citarlo en este momento porque marca un camino a seguir para llevar las grandes creaciones literarias a la escuela con toda su verdad y toda su poesía. Se ha realizado este milagro porque el autor de quien hablamos es a la vez poeta y maestro, entiende del alma del niño y del alma de la creación artística. Para hacer libros escolares de Literatura es preciso sentir plenamente los problemas de la infancia tal como los siente únicamente un pedagogo y, por otro lado, poseer esa sensibilidad del creador de arte literario. Alejandro Rodríguez había sentado plaza de poeta con *La flauta del sapo*, libro de versos, del cual no es éste el momento de hacer aquí la crítica, pero que, en este momento de renacimiento poético, no desmerece al lado de los buenos libros de nuestros mejores poetas actuales.

Por otro lado, el libro de Rodríguez responde a la petición de libros de imaginación, de libros de mitos para los niños que pedía Ortega y Gasset en su famoso ensayo *Biología y Pedagogía*.

Debemos hacer aquí mención de un libro

en dos tomos, artísticamente ilustrados y con gran lujo editados, de la Secretaría de Educación Nacional de México, libro escolar que contiene fragmentos en antología, adaptaciones o resúmenes de obras maestras, leyendas universales y grandes mitos, etc., etc., con un intento mixto, participante de nuestras antologías y de nuestras adaptaciones, pero mezclado con un gran acierto, lo que hace de este libro singular uno de los más interesantes para nuestro estudio. Finalmente, antes de entrar en la tercera aplicación de los textos literarios en la escuela, quisiera señalar *El libro del idioma*, de Luzuriaga, para salvarle de la condenación general formulada sobre las antologías, libro que es un excelente auxiliar de la enseñanza de la lengua, porque, con un criterio moderno, se ha pretendido dar en él una guía conveniente para no perderse en el océano magnífico de nuestra literatura clásica y moderna.

Hablemos ahora, finalmente, de la literatura para niños, de los textos literarios como medio de educación estética, de los libros literarios escolares creados para niños y no interesantes desde el punto de vista de la Metodología de la Historia ni del Lenguaje.

Existe una clase de libros que sirven para ser puestos en las manos de los niños tal como salieron de la pluma del autor. Desgraciadamente este tipo de libros escasea en las literaturas de todos los países de una manera desconsoladora. No se ha creado aún propiamente una literatura para niños. Los artistas, incluso los más sensibles, los más finos, no han tenido todavía la intuición precisa para crear un arte infantil. Que exista una docena de creadores de este arte no dice nada en contra de nuestra afirmación total. En cambio, hay literatos que sin proponerse acaso esta dirección hacia el interés de la niñez, pensando solamente en una especie de lector de alma delicada y pueril y logrando en efecto un público adulto que se ha regocijado y conmovido con esta literatura fresca y maravillosa, han logrado dar un número de libros tales que pueden figurar en la biblioteca del niño al lado de las obras creadas para ellos. No es el momento de dilucidar qué caracteres ha de poseer la literatura infantil. Baste sólo recordar lo que a propósito del libro de Rodríguez decíamos más arriba, que para hacer libros para niños hacía falta ser, a la vez

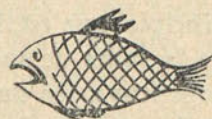
que literato, amigo íntimo de los niños, poseedor de los secretos de la infancia. Y únicamente añadiremos unas palabras, referidas al arte infantil en general, de nuestro ensayo, aún inédito, *La cultura estética en la escuela*: "El arte para niños es como fruta escarchada. Naturaleza primariamente y sublimación de lo natural lograda por el hombre culto que no ha perdido, por serlo, una cierta ingenuidad, una infantilidad escondida en su fina cultura. El arte para niños, insisto, es algo como la fruta escarchada en cuanto es alimento natural, pero preparado mediante un artificio delicado que, sin perjudicar al hecho de que tal alimento se convierta en sustancia propia del que lo asimile, logre, sin embargo, la virtud notable de un nuevo sabor, desprendiéndose, ahora definitivamente en sazón, de un nuevo árbol: el alma del artista transformador."

Pero antes de dar por terminado este trabajo quisiera hablar un poco de la producción literaria infantil, de lo que actualmente se crea y de lo que se puede aprovechar de lo pasado. Generalmente, al hablar de literatura infantil, hablamos de poesía infantil o de narración infantil. Los grandes géneros literarios, la novela y el teatro, quedan totalmente fuera del área de esta literatura. No existe en el mundo un solo libro de poesía infantil, quiero decir un libro que sea aprovechable entero para dárselo al niño y éste sienta emoción estética ante todas sus páginas. En cambio, de autores buenos, medianos y malos sin interés como estilistas, sin interés para la historia, malos hablistas, incluso malos poetas, junto con los buenos, se puede espigar en la literatura castellana uno o dos centenares de poesías breves que caigan plenamente dentro del concepto de "poesía infantil". Este es un libro que está por hacer, el libro de la poesía infantil, el libro que seleccione de esos pocos cientos de poesías para niños las más bellas, las más sencillas, las más infantiles.

Los grandes personajes clásicos infantiles han salido de las narraciones. Pinocho y Pulgarcito, Caperucita, las hadas, los gnomos, todos han brotado del cuento. Cuando se habla de literatura infantil se piensa en los cuentistas, desde Andersen a Antonio Robles. Aventuras, mitos, leyendas, narraciones, relatos... Hay que hacer un índice de la litera-

tura infantil, hay que hacer un catálogo general de todo lo aceptable, desde el primer cuentista para niños. Vosotros, profesores, maestros, inspectores, jóvenes, estudiosos, enterados de nuestra Literatura, de las necesidades de nuestra escuela española, Maillo, Alejandro Rodríguez, Ortego, Olivares, Figueroa, Manrique, Carpintero, Rodríguez Mateo..., es preciso que dediquéis vuestros buenos ratos a hacer este recuento, a recoger todo cuanto haya aprovechable para los niños en nuestra literatura antigua y moderna. Pero no haríamos ninguno nada si no acaba de romper ese movimiento, que parece que está surgiendo, de renacimiento de la literatura infantil, que parece natural consecuencia de este momento de renacimiento de la

poesía y del cuento, en estos momentos de grandes progresos, desde Piaget, en el conocimiento del alma del niño, en estos instantes de aguda sensibilidad y de honda preocupación por la escuela primaria, la única que puede salvarnos a todos.



Más paladino es conocer los movimientos y honduras del mar que las mudanzas y alteraciones del espíritu. Cada día muere en nosotros algo sin que nadie lo advierta.—Ricardo LEON.



El punto de vista absoluto

Por G. HASLAM

Este artículo viene de la pluma de un hombre que no es filósofo, sino meramente filosófico; por eso lo original de él consiste, no en las ideas, sino en el hecho de que estén reunidas en esta forma y en este sitio. He querido que Oxford aporte su grano de arena a la magnífica labor que un grupo de jóvenes españoles ha realizado en Eco. Ha sido para mí una gran satisfacción haber podido expresarme directamente en la hermosa lengua española, por la que siento admiración y afecto.

G. HASLAM.

LOS que se han especializado en un solo aspecto de una cuestión encuentran una dificultad natural para considerarla como un todo, y tienden a acentuar la importancia de su propio lado a costa de los otros. Este principio forma la base del gran problema del espíritu y la materia. Se mira corrientemente este tema desde dos puntos de vista: la llamada idea platónica, que establece que la

materia no es sino una forma de espíritu, y la idea materialista, según la cual el espíritu es una forma sutil de la materia. Se parte, en el primer caso, de que la materia es limitada y el dominio de la mente infinito. Del segundo supuesto se deduce que si la materia se limita debe limitarse también la mente, puesto que ha surgido de combinaciones finas de la materia. De esta forma, los hombres de ciencia conocerán algún día todo lo que en el universo puede conocerse. La diferencia entre las ideas platónica y materialista es más honda de lo que a primera vista pudiera creerse.

La teoría de la emergencia es un escape conveniente para el materialista que se enfrenta con la amplitud del mundo espiritual ante la aparente limitación del mundo físico. Se dice en ella que cuando se combinan dos elementos aparece una nueva cualidad, no pudiéndose distinguir su rastro en los elementos componentes originales: por ejem-

plo, la humedad, una cualidad del agua, es por completo extraña a las sustancias que la forman. Esta teoría evita la concepción difícil de la mente como combinación de sutiles materias, considerándola como producto, como emergencia, de tal combinación. Esto no es más que la aplicación al plano físico-químico del principio que establece que una cosa es más que la suma de sus partes. Esto es atractivo y constituye, sin duda, una parte de la verdad, quebrantando de este modo los fundamentos tanto del materialista como del idealista, conduciéndonos hasta el punto de vista absoluto y neutral, que es tan peligroso en el plano práctico como lo son el materialismo y el idealismo en el plano absoluto, al cual invaden lastimosamente demasiado a menudo.

El punto de vista neutral y absoluto revisite una inmensa importancia y es la perspectiva más fundamental que puede abarcar la mente. Podemos decir que es la actitud científica aplicada no solamente a las cosas materiales, sino a toda la actividad humana; la actitud del observador que se retira algunos pasos del mundo personal para considerarlo desde un punto de vista imparcial. No es que el observador suprima una parte de sus sentimientos para alcanzar tal punto de vista; al contrario, la imparcialidad consiste en el uso de todas las facultades, tanto las intuitivas como las intelectuales, pero de tal manera que exista un equilibrio perfecto entre ellas. Es precisamente este equilibrio el que nos deja considerar las cosas *activamente*, por decirlo así, empleando a la vez todas las fuerzas de nuestra personalidad sin que turben nuestro juicio las emociones incidentales que surgen del desequilibrio usual de la mente, de la lucha constante entre los deseos personales y las exigencias del mundo externo.

Como ya he dicho, la extensión de este punto de vista en la esfera de la vida práctica puede ser muy peligroso cuando se conserva la misma actitud mental en lugar de sus reconocimientos; en el plano práctico hay que clasificar estos reconocimientos según alguna norma de valor, de cualidad, la que efectivamente falta en el punto de vista absoluto, por ser éste neutral. Pero toda nueva consideración de los grandes problemas del mundo tiene que ser practicada esencialmen-

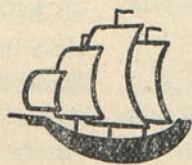
te en este plano para evitar aquellas luchas ruinosas, causadas por una consideración demasiado superficial y parcial de las cosas. Esto no quiere decir que no haya que luchar, sino que toda lucha puramente inútil y lastimosa debe evitarse. Con respecto a esto, es del mayor interés el divorcio de la Religión y la Ciencia; en el terreno práctico, la tremenda concepción de Dios en el hombre ha de caer forzosamente en una u otra dirección; siempre se supervalora uno de los términos de la ecuación a expensas del otro, de modo que el científico tiende a asegurar que sus principios pueden aplicarse a todos los fenómenos del universo, y su contrario sostiene que lo espiritual lo es todo y lo material se reduce a vanidades, digno pasto del diablo. Es lógica la posición de ambos; lo que es erróneo es la afirmación y creencia en cada parte de que su verdad es la verdad total, cuando en realidad se trata tan sólo de una parte de la completa verdad, que nunca será alcanzada. La verdad de la ciencia es verdad en la ciencia, pero el científico no tiene derecho a extender la lógica y la verdad de su ciencia más allá de los límites de su propia esfera. Afortunadamente para nosotros, siendo, como somos, una parte del universo, no podremos nunca alcanzar el punto de vista absoluto o la verdad universal. El insignificante individuo de nuestra especie no tiene por qué asustarse de la inmensidad desconocida que se va abriendo ante él, sino más bien alegrarse de su forzada ignorancia. Cuando el hombre cree haber agotado todas las posibilidades humanas, es decir, cuando cree haber visto los límites del mundo, se siente hastiado. La felicidad, el optimismo y la vida florecen en el campo humano sólo cuando el hombre se siente atraído a laborar para conquistar lejanas tierras desconocidas.

Toda la historia de la Humanidad y de los individuos oscila en torno al inalcanzable absoluto. Nos movemos, por decirlo así, en espirales irregulares, no pasando nunca dos veces por el mismo punto, sin tocar jamás el eje de nuestro vuelo. Si la ciencia limita al universo, la mente deshace su trabajo y recrea lo infinito; y los hombres sienten renovarse su esperanza. Las vidas siguen este ritmo, pero es un vuelo más ligero, más propenso a quebrarse; tan fácil es estancarse en un

punto o dar vueltas y vueltas en un círculo, como un disco de gramófono girando, machacón, en un mismo surco. Sólo cuando nos acercamos, ocasionalmente, un poco más —contemplativamente— a lo absoluto, nos es posible reconciliar nuestra limitación con la infinitud, nuestras mezquindades con los principios elevados, lo individual con lo general.

No podemos llegar a conocer lo que el mundo hace ahora; pero parece estar cambiando la dirección de los asuntos humanos. La especulación en gran escala es siempre fascinadora, y es tan fácil trazar el camino del hombre en unos cuantos brochazos, y deducir, por pura fantasía, qué nuevo curso va a tomar. A fines del siglo pasado todo el mundo creía que la ciencia estaba a punto de descubrir el último secreto de la Naturaleza; pero al ir progresando, los mismos

principios fundamentales de la Física y de la Química temblaron y empezaron a desvanecerse. Mientras más de cerca se analizaba la materia, tanto menos sólida parecía; y ahora el átomo fugitivo ha resultado ser una carga de electricidad, nada más que una enroscadura del espacio. Se han roto las cadenas de la ciencia materialista y la mente se libró de su venda, a sus anchas para comenzar un nuevo renacimiento. Este renacimiento no puede llegar en la terrible situación social y política actual, que llevará Europa a la ruina, a menos que consigamos llegar un poco más cerca del punto de vista absoluto; y con tal que podamos resolver los asuntos internacionales sana y humanamente, sin fanatismo e intolerancia, con tal que estemos dispuestos a reconocer y contribuir al nuevo movimiento cuando venga. ¡Y hay tantos falsos profetas!



ANTOLOGIA DEL CUENTO

Cuando fuí lazarillo... - El rabel

De MANUEL LLANO

DESDE que leí las primeras páginas de Manuel Llano y, sobre todo, después de haberme puesto en contacto con su extraordinario espíritu, comprendí que estaba en presencia de un gran escritor, acaso de un gran poeta capaz de escribir admirables poemas en prosa.

No me he equivocado. He aquí a Manuel Llano cuajado en un estilo poemático y presente en la primera línea de los escritores españoles con su aire silvestre y sus maneras campesinas de una elegancia no aprendida.

Creo, con toda honradez, que jamás escritor alguno de los que hoy viven en la Montaña, ha logrado un interés tan hondo, tan radical, tan de raza, como Manuel Llano. Como todos los grandes poetas, Llano se inclina sobre esos tres o cuatro temas inagotables y eternos, fuente de poesía que no conoce el estiaje: los niños, los viejos, los caminantes. Y sobre los otros tres temas un poco míticos para el hombre de la cordillera: el monte, el lobo, la vaca.

Hasta ahora la poesía de la Montaña había sido captada elegantemente por señoritos. Dejemos fuera

a Concha Espina, mi madre, a la que considero en un plano universal de la poesía: un plano donde la naturaleza de los temas es lo de menos porque la poesía, en sus libros, trasciende de límites geográficos y es recogida, con igual vibración, por las antenas más lejanas y dispares. Otros escritores han sido unos señoritos: nada más. Alguno de esos señoritos fué un gran novelista, como Pereda o un estilista trabajoso y barroco como "Juan García". Los demás hemos sido unos aficionados a la Montaña: unos, desde un punto de vista pintoresco, de romería, de turista; otros, desde un punto de vista folklórico; otros, con una pre-ocupación geográfica—como yo, por ejemplo—. Y ninguno, poseído de esa emoción entrañable y en carne viva, que tiene Manuel Llano, hijo de la braña.

Manuel Llano escribirá un día el "David Copperfield" de la Montaña. Entretanto, ha escrito estos admirables bocetos que van detrás de estas líneas. Uno de ellos, "Cuando fuí lazarillo...", tuvo fortuna, al aparecer. Bellísimo y conmovedor cuadro, ciertamente. Para mí le supera en emoción, en belleza y en estilo "El Rabel". Sobre todo en estilo. Me voy a explicar,

porque el estilo en Manuel Llano ha tenido una importancia negativa.

A todos los escritos populares les acomete durante un momento de su vida una preocupación cultista que les hace rebuscarse, deformarse la expresión, ir detrás de maneras que no son las suyas. De este modo, se recargan y se abruma, esconden la gran riqueza que traen en las manos, vergonzosamente. También hacen, a menudo, lo contrario: exagerar el ruralismo y caer en ese estilo que un inteligente amigo mío denominaba "estilo brutista".

Manuel Llano, que ha estado al borde de estos dos peligros, los ha eludido brillantemente, y en "El Rabel", por ejemplo, pasa ya del otro lado y logra el poema en prosa, al estilo de Rudyard Kipling o de Tagore. Un poema limpio de barroquismo, liso, sereno, fino: una verdadera piedra preciosa de la literatura española contemporánea.

Manuel Llano tiene, como suplemento de su interés literario, un entrañable interés humano. Ya he dicho que es un hijo de la braña, que es ser tanto como hijo de la estepa, de la sabana, de la "jungle". En nuestro sistema espiritual, la braña, para los montañeses, es casi un ente delfico. Es, cuando menos, un ente nutricional que juega un papel definitivo en la vida rural.

Una braña es la pradería natural de los altos puertos. En la braña se nutren las cabañas de vacas carretas, tasugas y macarenas, finos e inteligentes animales que son el totem propicio de nuestros clanes campesinos. Desde San Juan a San Miguel (24 de junio a 29 de septiembre), se forman los grandes rebaños que cada pueblo confía al cuidado de tres personajes: el pastor, el becerrero y el "serroján". El "serroján" es un rapaz de doce años y tiene por misión la de ayudante y dispensero.

Manolo Llano ha sido "serroján" en su niñez. Solo, en las altas noches estivales, el "serroján" de Carmena contó estrellas, aprendió los rumbos de las aves, los pálpitos de la selva, la huella de los animales monteses. El ruido de una hoja, el chasquido de una hierbecilla al romper, le llegaban a la sensibilidad despierta con un acento familiar. Conoció conjuros para hacer la manteca en odres de piel de corzo, para lograr una flauta de abedul, para ahuyentar la néstiga y alejar el lobo. Supo romances y acaso los hizo. Tuvo miedo, ese miedo ancho y grande que tienen los niños en el monte. Y le dieron de palos bárbaramente entre risotadas y palabrotas. Todos los dolores del monte y de la braña, sobre él. Ahí están en el poema "El Rabel", con el dolor de todos los zagales del mundo.

El sentido poemático de la literatura de Manuel Llano, se cuaja en este tomo como fruto maduro de un temperamento artístico de primer orden.

Yo espero, para día no muy lejano, la obra definitiva de este ingenio singular, a quien se ha llamado "el Trueba de la Montaña". Siempre que esto signifique un elogio para Trueba, no lo encuentro mal.

VÍCTOR DE LA SERNA

CUANDO FUI LAZARILLO

"Lazarillo, lazarrillo,
llévame por buen camino.
Lazarillo, lazarrillo,
dame el agua y toma el vino."

Vayan estas insustanciales líneas para nuestros amigos los ciegos. Cieguecitos de los caminos con las viejas guitarras, con los zapatos polvorientos, con las cayadas retorcidas. Cieguecitos de los pueblos que tañen la flauta y redoblan el tamboril. Cieguecitos de los zocos que cantan aventuras romanceras y aplacan el reseo bajo el toldo de los figones. Cieguecitos de todas las carreteras, de todos los cobertizos agrarios, de todos los pueblos.

Nosotros tenemos en el espíritu calenturales y hielos de vuestras vidas dramáticas. Aquí, en la conciencia hubo tormentas de infancia que envejecen el ánimo y estremecen el brío en agraz. Porque nosotros hemos sido lazarrillo. Una mano se posó en nuestro hombro en las leguas de muchos caminos, en la tristeza de muchas soledades. Mano fuerte de hombre de bien, que era la despena, el zoquete de pan, la urdimbre del cobertor.

Vosotros, lectores, no sabéis lo que es sentir en la bandejita el repiqueo cristalino de las monedas. Figuraos que vosotros sois unos niños y vuestro padre es ciego. Estáis a su lado, recatados y silenciosos en la esquina, viendo cómo pasa la gente. Jerigonza de emociones de sentimientos, de rencores quietecitos y mudos. Allí viene el señor del gabán azul, y decís, muy parletanos, relamiendoos el alma:

—¡Padre, padre! Ahí viene el señor del gabán azul... Yá tenemos una perra gorda.

Vuestro padre también sonríe. ¡Si vierais qué trascendencia tienen estas sonrisas!...

—¡Padre, padre! ¡Pida ahora, que viene un señor con cara de bueno!...

La querella de la voz es como una jaculatoria. Cae la súplica en el aire como las flores de un espino. El caballero pasa. Os dejó un viento frío en el corazón. Le miráis con malos ojos. Y aprendéis a desconfiar de los hombres que tienen cara de buenos.

Otro respingo alegre:

—¡Ay, padre! Por allí viene el señor de los anteojos...

Plata pura, plata pura en los sentidos al tintineo de las monedas. Todas las gracias de Cristo en aquellos anteojos, en aquel gabán azul. Cada repiqueteo, una paloma que os revuela en el alma con una ramita de paz en el pico. Y todo es panal en las potencias, en el cerebro, en el ánimo. Pasa el señor del sombrero verde, el señor de los zapatos brillantes, el señor de la chaqueta parda. No canta, no canta la bandejita...

Sí; nosotros hemos sido lazarillo. Aún sentimos en el hombro como el contacto de la diestra amada. Eramos el timoncito de aquella nave sin luces. Temporales, temporales y pocas bonanzas. Vientos muy fríos; los vientos que dejan los miserables al pasar. Oídos muy sordos, unas caras de piedra, unas cabezas duras...

A lo mejor veis por la calle a una mujer con un canasto de frutas o unos cucuruchos de almendras. Vosotros sentís salengua, como un becerrillo, y os recostáis en la esquina medio resignados. Después los ojos se abren ávidos, el brazo se va alargando, tembloroso, con los dedos crispados; los carrillos rojos, el resuello contenido.

Una idea pícara os centellea en el cerebro. El pobre ciego parece incrustado en la fachada. La mano llega al borde mellado de la bandejita. ¡Ay, los cucuruchos de las almendras! Todo son cucuruchos en la mente. Lentitud premiosa de los dedos, que no responden a la prisa de la voluntad... Ya están los dedos encima de las monedas de la bandejita. Tembláis como el alambre de un corredor, sentís como un vaho caliente en el pecho; os enfadáis con la mano cobarde y perezosa que no acaba de posarse en el platillo. Los carrillos están muy rojos, los ojos muy abiertos, muy abiertos, como los de la rámara en la rendija de un gallinero. Os entregáis a la ventura. Que sea lo que Dios quiera. Y los dedos se convierten en azores chiquitines que se posan en el corral entre el pío pío de los pollos... Ya está la moneda en los dedos. ¡Ay, qué sabrosas las almendras de los cucuruchos! Cuando vais a retirar la mano, os hacéis un lío con los dedos, muy trémulos. Y la moneda vuelve al platillo, y en los oídos del ciego es como si cayera una nueva limosna. El ciego dice:

—¡Dios se lo pague, señor!...

Vosotros retiráis la mano precipitadamente

te y la escondéis, como avergonzada, en la pechera, debajo de la blusa. Ahora estáis pálidos y tenéis ganas de llorar...

"EL RABEL"

"El grito del zagal se perdió en el monte. Nada más que le oyó el mastín..."

M. ZURITA.

El vaquero me dió una bofetada y rodé como una bola por la braña solada de abonos y de hierbas. Después me acurruqué al lado de la corteza de plata de un abedul y me puse a llorar. El vaquero volvió a buscarme al lado de la plata del abedul y tornó a pegarme como un asno pegaría a un cordeiro. Mis aficiones de niño se estremecieron, echaron hieles, echaron lágrimas, temblaron. Un hombre que había dormido en la choza se reía. Era un pobre de los caminos que iba con la alforja a tierras nobles de Campóo.

Yo era un niño que tenía muchas penas y muchas desgarraduras de retamas en el cuerpo. Zis-zas que escriben los argomales en la carne de los pastores. Media historia de la Montaña la han escrito los brezos, los escajos, las hojas crespas y brillantes de los acebos.

Al vaquero le llamaban "El Rabel", porque tañía el bígaro. Un bígaro de asta de toro del que sacaba baladros finos y hórridos que se dilataban sobre las brañas, unas veces suaves, otras veces fieros.

No paraba de reír el hombre de la alforja. Yo temblaba a la vera del árbol y pensaba, con salengua de becerrillo o de recental, en el regazo de mi madre, que estaba muy lejos. Salían humos de madrugada por los techos de todas las cabañas. Unos pastores cantaban y otros ponían la cabeza bajo el chorro recién nacido de las fuentes.

Otra vez sentí en mis espaldas el restallar de la vara, que se frisaba al viento como un velorto. De las chozas continuaba saliendo el humo negro de lumbre recién encendida. Los corrales se quedaban vacíos de campanillas y de pesuñas; los zorros pasarían por los arroyos con la rama verde entre los dientes para quitarse las pulgas; las comadreas estarían entre las carquejas y los romeros, con la coquetería de sus colores.

Grité con ansia de consuelo, me hiqué en la tierra tan áspera, lloré alto, volví los ojos a todas las cosas, supliqué con una mirada de espanto, de inocencia, de humildad. Se había desgarrado mi camisa morena de lienzo crudo. Ya enseñaba la carne con tiras rojas y manchones azules y manchones cárdenos de palizas y pellizcos. No tenía más boina que los cabellos crespos de relente, de polvo rubio y pardo de cambera, de hollín de árgomas quemadas, que son los lutos retorcidos del monte. Y esta boina estaba mojada de sudor, pegada a la frente, encima de los ojos desconsolados.

La plata del abedul era negra para mi vista. Todo fué negro para mi alma blanca y desamparada cuando ya estaban los alcores dorados de sol y la tierra tocaba todas las campanillas del estío...

¿Vosotros no habéis visto a un niño sentado en el suelo, con los codos apoyados en las rodillas y la cara apoyada en las manos? ¿Vosotros no habéis visto a un niño flaco, decolorido, pensativo, que apoya el brazo en el tronco de un árbol y la frente en el brazo, y llora a la sombra con los labios muy trémulos y los ojos muy abiertos y las pierrecitas flaqueantes? Aquel día no se amasó la harina para mí, ni me atreví a pisar el umbral de la cabaña.

Yo había ido a la doctrina de la parroquia de mi pueblo, y me enseñaron los mandamientos a fuerza de bonetazos.

En la escuela había ricos y pobres. Los ricos regalaban a aquellos maestros sin título, y el maestro acariciaba la cabellera de los hijos de los ricos y mesaba la cabellera de los hijos de los pobres. Allí también me enseñaron el silabario a fuerza de pescozones.

De modo que yo aprendí a creer en Dios en unos bancos muy viejos y muy duros, rascando el resquemor de los coscorriones y temblando de miedo. Y aprendí las letras rascando el mismo resquemor y con los mismos temblores, en un pajar oscuro con dos o tres ventanos, y al que había que subir por una escalera de piedra. La letra entraba al salir de la sangre.

Aquel día me enseñaron mis obligaciones de zagal de majada haciéndome rodar por los calveros y por las vargas con los vestidos destrozados. Unos pastores cantaban y otros ponían la cabeza en el chorro de las fuentes para refrescar los sentidos, que nunca acabaron de refrescar. Yo andaba llorando y pensando en el regazo que estaba muy lejos. Los becerros que daban topetazos glotones en las ubres maternas me daban mucha envidia. ¡Pobres zagales a quienes les parece oscura, una mañana de sol, la plata del abedul!

Lo mismo sucedería con los chavales de las minas, de los postillones, de las carpinterías, de los talleres talabarteros, de las fábricas, de las herrerías, de los almacenes, de las tabernas.

El día en que se murió aquel vaquero—yo también fuí sacristán y aprendí la ayuda de la misa con estímulos de sopapos—, el señor maestro—un tío muy bárbaro con trazas de rabadán manchego—me dió otra bofetada porque no quise llevar el calderillo del agua bendita. De modo que también me enseñaron a obedecer maltratándome.

Si hubiera ido a servir al rey, mis carrillos hubieran sido parches de panderetas tañidas por las manos de muchos cabos furrielles, de muchos sargentos, de muchos tenientes, como les sucedería a mis compañeros los chavales de las tabernas, de los almacenes, de los talleres, de las fábricas. Todos los niños de mi generación, que respigaron en el campo con unos escarpines de sayal o en la ciudad con unas alpargatas de cáñamo, empezaron a caminar por los lomos del mundo con la amenaza de un palo y la congoja de un temor.

* * *

“El Rabel” me dió una bofetada y rodé como una bola por la braña solada de abonos y de hierba. Otros rodarían por el cemento de las factorías, por el aserrín de las carpinterías, por el hollín de las fraguas. Después me acurruqué al lado de la plata de un abedul...



SOBRE EL LIBRO MAS DISCUTIDO DE NUESTRO TIEMPO

I have been asked by my friend señor Vázquez-Zamora to contribute a short article to Eco. I am honoured in being allowed to appear in this interesting review, and only regret that what I have written should be so unworthy a study of one of the greatest novels of modern times.

«LA comedia humana” que Balzac hizo representar a sus imaginarios y a la vez tan reales personajes, en 96 volúmenes, ha sido reemprendida por James Joyce en su *Ulysses*, en el que refleja—en dos tomos—la más completa expresión de nuestro tiempo. James Joyce es algo más que un novelista, y su gran obra no encaja exactamente en el género novelesco. Es, en cierto modo, un compendio del mundo en que ahora nos movemos. Los que hayan leído *El retrato de un artista adolescente*, traducida excelentemente al español por don Dámaso Alonso, no necesitarán que les sea presentado Stephen Dedalus, uno de los principales protagonistas del *Ulysses*, que se nos aparece al comenzar la narración. Es por la mañana temprano; desayuna con algunos amigos en los alrededores de Dublín, enseña en una escuela y vaga por la playa, alucinado por la imagen de su madre muerta, torturado por haber perdido la fe, pérdida que le apartó de ella en el último momento. Ya cambió la escena; y ahora nos encontramos a Leopold Bloom, el *Ulysses* errante, que nos va a acompañar a través de las páginas del libro. Desayuna, se baña, va a un funeral, se dirige a la redacción de un periódico, va luego a un restaurante y a una *public-house*. Después de una hora pasada en la Biblioteca Nacional, Stephen y Leopold se encuentran en uno de los peores lugares del bajo mundo de Dublín. Aquí tiene lugar la sorprendente *Walpurgisnachtstraum* descrita por Joyce desde tres perspectivas a la vez, pintándonos simul-

táneamente lo que ocurre en el burdel, los pensamientos que cruzan la cabeza de Bloom y la increíble fantasmagoría que lo trastorna mientras está allí. Stephen vuelve a la casa de Bloom para cenar, y el libro se cierra con las meditaciones de Mrs. Bloom antes de dormirse, que ocupan cincuenta páginas. Si a una primera ojeada el *Ulysses* puede parecer caótico, lo cierto es que viene a estar tan estrechamente tejido en su estructura como un soneto de Milton o una ópera de Wágner. Su falta de ligazón es sólo aparente, ya que la obra obedece a unidades dramáticas. La acción dura un solo día, y la escena se limita a Dublín. A pesar de ello, este libro extiende sus tentáculos a distantes regiones de tiempo y espacio. En efecto, Joyce no se contenta con una simple crónica de la vida de la ciudad reflejada en los ojos de Leopold Bloom, o Stephen Dedalus, o Buck Mulligan, o cualquier otro de sus tipos. Sus pensamientos y recuerdos se nos van revelando en pedazos, tal como surgen a la vida sacados a luz por algún estímulo pasajero. Pero el pasado de estas personas se mezcla continuamente y en su totalidad con el presente, y esta constante interferencia de lo de ayer y lo de hoy no es una mera técnica para contarnos en forma nueva la vida pasada de los personajes, sino que nos revela la personalidad como algo muy complejo en que el pasado y el presente no son sino facetas de una unidad trascendente, de manera que en el arte de Joyce el tiempo viene a ser un sueño, una manera de ser, y la vida una sombra que arroja el ayer.

Otra modalidad de la manera artística de Joyce es su facilidad para forzar a las palabras a que hagan lo que nunca hicieron hasta entonces, expresando las sombrías experiencias e imágenes que se encuentran en el umbral de lo consciente y en el sótano de la mente. La deliberada distorsión de su voca-

bulario ha sido llevada a cabo con asombrosa maestría, pero sólo un supremo dominador del estilo, un Sterne o un Joyce, puede jugar impunemente a tales combinaciones verbales, y aun ellos tienen que pagar a veces multa de oscuridad. Esta tendencia a tomarse libertades con el idioma la ha llevado Joyce aún más lejos en su obra más reciente, que va publicando en cuadernos sueltos, para la cual ha inventado un vocabulario casi jergológico. Pero debe quedar fuera de nuestra actual finalidad el pretender discutir los malabarismos idiomáticos de *Anna Livia Plurabelle* y *Haveth Childers Everywhere*, que son los títulos de las partes ya aparecidas.

No es posible hablar del estilo de Joyce, porque tiene varios, adaptándose constantemente al asunto de que trata. Hay que hacer notar especialmente el extrañamente sugestivo que reserva para los monólogos interiores. El principio que lo informa es la disociación, que lleva hasta sus límites más extremos, pareciéndose así su prosa a la escuela puntillista en la pintura. Esto es, que presentándonos una infinitud de pequeños fragmentos de experiencia humana, de sentimientos o de acción, deja al lector la tarea de inducir un significado total. Así que al leer el *Ulysses* nos hallamos como ante un trozo de vida que nos hubiera sido dado analizar con todos los instrumentos y desde todos los puntos de vista posibles.

Ahora bien; no se trata de un solo fragmento de experiencia humana, sino que ésta se nos aparece, por un prodigio de técnica, en su compleja totalidad; y esta universalidad de intención es la que permanece constantemente detrás de la nube de detalles que, aparentemente, parecen no tener ningún objeto. Como es lógico pensar, en un panorama vital de una amplitud máxima, como lo es éste, forzosamente han de encontrarse ciertas descripciones y expresiones que tradicionalmente han sido prohibidas por la sociedad a sus literatos. De aquí que el maravilloso libro que venimos examinando haya sido desterrado por los censores de la Gran Bretaña, Irlanda y Estados Unidos. A pesar de ello, y en honor a la verdad, tenemos que afirmar la altura espiritual de Joyce al ocuparse de asuntos escabrosos, su objetividad y lo lejos que se halla de la pornografía. Podríamos decir de él que es un moderno Rabelais, pero

sin el regocijo de éste. La fuente de donde ha manado su novela es la gran desilusión que pesa sobre el espíritu de este irlandés. Su realismo va más allá de una simple reacción contra las ilusiones románticas de la escuela anglo-irlandesa.

Antes de terminar estas notas quiero citar la importancia que en *Ulysses* alcanza el completísimo estudio que en él se hace de tantos tipos humanos. En efecto, junto a los retratos de gran tamaño, como los de Leopold Bloom y el de Stephen Dedalus—el cual no es sólo el mismo Joyce, sino el Hamlet del siglo XX—se encuentran mil cuadritos vitales, humanos, de una realidad sorprendente, como por ejemplo: el portero de la biblioteca, la muchacha del café, los redactores del periódico, las *nurses* en la playa y los amigos de Bloom.

H. O. WHITE



He escrito muchas veces la palabra Belleza, pero casi nunca me di cuenta de estar escribiendo una tontería. Hay cosas bellas, pero no Belleza: es, tan sólo, una expresión abreviada. No se la puede tomar en términos absolutos; lo absoluto no existe.—Rémy de GOURMONT.



Cuando se ama es el amor demasiado grande para que pueda ser contenido por completo en nosotros; irradia hacia la persona amada, encuentra en ella una superficie que lo detiene, forzándolo a volver a su punto de partida, y es este choque de la vuelta de nuestra propia ternura lo que llamamos sentimientos del otro y que nos encanta más que a la ida, porque no reconocemos que proviene de nosotros.—Marcel PROUST.



Pocas veces podemos sentir hondamente, conmovidos, apasionados, un paisaje, el mar, el cielo estrellado. Contemplamos frecuentemente; pero sólo de raro en raro logramos—en un instante supremo—compenetrarnos con la Naturaleza.—“AZORIN”.

El «ELLO» de España

Por MANUEL HIDALGO

Esta es la aportación al número dedicado a la U. I. de un crítico que no estuvo en ella. Nuestro colaborador Manuel Hidalgo contribuye—con su defensa de una España limpia, sana y alegre, con su ataque al mito de la España negra—al carácter internacional del tercer Eco.

«¿Es así España, como aparece en estas páginas, llenas de pasión, de sombra violenta, de sol implacable, de amor manchado de sangre?» He ahí el problema que trata de inquirir el doctor Marañón en el prólogo del reciente libro *Sangre sobre el barro*, en que A. de Hoyos y Vinent recoge algunas de sus novelas cortas. Y a seguido, su respuesta, un poco ligera: “Es así, puesto que así la sienten españoles y no españoles de eminente categoría. Es así, aunque quisiéramos que dejase de serlo otros españoles...”

Ante la inquietante pregunta, Benjamín Jarnés, más sereno y desapasionado, dice en *Luz*, en su crítica al libro de Hoyos: “España es así y es de otros muchos modos...” “España es el paisaje innumerable. Material y del alma.”

Y una última referencia, de un nuevo e indudable valor literario: Francisco Valdés, que, en *Tres fechas sobre Baroja*, tras hacernos desfilan ante la España negra de Veharen, Darío de Regoyos y Solana, la España “pueblo sombrío”, del cartelón con las cruentas escenas del crimen horroroso y espeluznante, nos hace penetrar en la madriguera del engendro: “Todo un turbión de episodios tristes, angustiosos, malsanos, agrios y tenebrosos que, a fuerza de exaltarlos la baja literatura, parecen ya como formando la esencia y medula de lo español, cuando sólo es una modalidad temperamental de las muchas y variadas que contiene el ámbito ilimitado de nuestra nacional sustancia. (Ha sonado la frase “baja literatura” en la que —no era precisa la advertencia—ni que decir tiene que no está incluida la labor de A. de Hoyos, de indudable y cierto contenido psicológico.)

Mi pretensión actual no es otra que enfrentarme, escuetamente, con la interrogante del prologuista. Sólo con la transcrita, dejando sin considerar otras notables sugerencias, de que se halla pleno su prólogo-ensayo.

No formando parte el ilustre médico en la legión “hombre profesional”, de fronteras anquilosadas y horizontes no más lejanos que su especialidad, sino alzándose señorero, sagaz clínico de todos los campos, sin excluir el literario y el artístico, acrece el peligro de sus palabras, que no pueden por menos que ejercer una fuerte sugestión—perniciosa en este caso—sobre las mentes españolas. Dichas por otro no pararía a contradecirlas; escritas por su pluma cobran prestancia, suscitando imperiosamente mi atención que quiere salir al paso de un diagnóstico que considera poco certero.

Yo afirmo—recabando de los disidentes del doctor la autoridad que no tengo—que España no es así; ni el alma española, ni su paisaje. Que eso es la parte peor de ambos elementos, lo que yo he calificado de *ello español*, adoptando de la terminología psicoanalítica la palabra exacta para calificar los aguafuertes de A. de Hoyos y Vinent, adjetivo ampliable a los grabados de Goya, justas ilustraciones al libro *Sangre sobre el barro*.

Esas escenas sangrientas y de aquellarre forman el *ello español* y el *ello humano*: bajas pasiones, deseos irrefrenados, instintos brutos, sexualidad pura, sangre, muerte. ¿Es que vamos a seguir considerando a España como el único país en que han florecido la Inquisición, las brujas y los crímenes repugnantes? Nadie, con serenidad y justicia, puede mantener que hemos sido los primeros en ninguno de esos derroteros. Hemos sido iguales que los demás.

Por otra parte, señalemos—en breve apartado—que el alma nacional (suma de las complejidades del alma individual) no es así o asado. No es una cosa permanente, estática, crecerá o decrecerá con el nivel de los tiempos, pero el alma nacional no es así—dog-

ma—, *está así* en tal o cual momento de la historia.

Subrayemos otras palabras: "La realidad externa no es nada. Es lo que somos nosotros mismos." "El paisaje está en nosotros mismos, y, por tanto, es como nosotros somos." No podemos sustraernos a una asociación espontánea y lógica, el recuerdo de unas breves nociones de Filosofía, Teoría del conocimiento: Falta de realidad del mundo exterior tal como le percibimos, Berkeley, Hume, Mill, los subjetivistas, Kant... Un caso más de las frecuentes contradicciones que nos muestra la vida, un médico concienzudo, observador perspicaz de la *realidad real*, desembocando por los campos de la duda y del idealismo.

Pero si la realidad está en nosotros mismos—peleo con sus armas—, nadie puede impedir que otros españoles y no españoles—quiero creer que muchos—veamos una España distinta, completa, con todas sus lacras, mas con todas sus virtudes también. De ningún modo admitir una visión *subjetiva de otros*, mantenida por los que acaban declarándola, no visión directa, sino constructiva.

Del mismo modo que Rusia no es Dos-
toiewski ni Andreiev, España no es A. de
Hoyos y Vinent en su *Sangre sobre el barro*,
ni "Parmeno" en su *Cintas rojas*, ni Goya,
ni Solana. Esa es la España podrida, la parte
hedionda de humanidad que yace en el fondo
de toda civilización aunque haya alcanzado
los reflejos dorados.

España quedó retrasada en la evolución
europea. Y la raza española ofreció la pa-
radaja notada por Ortega y Gasset—gran
mente dissociadora—de ser "una raza que
muere por instinto de conservación". La re-
belión de las masas acaece tardíamente en
España; cuando en los demás países se po-
nían en marcha—preliminares y epílogo de
la guerra—, en nuestro suelo seguían embo-
badas, boquiabiertas ante los santones de
moda. Ahora reaccionan desenfrenadamente
a su rezagamiento. ¿Va a salir de aquí el
alma—una sola—de España? Tampoco lo
creemos. Esperamos una España más refle-
xiva, vital—creadora, no destructora—y va-
riada, nacida de una política de instrucción
pública orientada en un criterio sano y recto;
todo menos seguir petrificados, carentes de

desasosiego o caminar a la deriva, por rum-
bo la desesperanza.

Volvamos al principio y remachemos; no
hemos pretendido agotar el tema. La crimi-
nalidad ofrece formas típicas en cada clase
social y en cada pueblo; afortunadamente,
España no ofrece tan alta estadística crimi-
nal como para que creamos en las desalenta-
doras palabras del sabio profesor e ilustre
ensayista, que dejándose llevar—una vez—
por su formación médica ha mirado por el
cristal de su profesión, viendo sólo a la Es-
paña enferma, que no hay que desconocer,
pero que tampoco hay que afirmar y mu-
cho menos considerarla como algo esencial.

20 de agosto de 1933.



El Destino es el nombre de lo que el hombre, quiera o no, tiene que aceptar: es el hosco perfil de las crudas faenas que le son inexorablemente impuestas. Es lo contrario de la frivolidad, que cree poder tomar o dejar lo que le viene en gana.—José ORTEGA Y GASSET.



El valimento es microscopio admirable en las Cortes, por donde se mira el mérito de cada uno, y se representa a la vista como un elefante, el que, mirado en sí, no es mayor que una pulga.—Juan PABLO FORNER.



Uno de los invencibles impulsos de nuestra raza es el de discutir, porfiar, mejor dicho, sobre cuestiones en que, de antemano, estamos de acuerdo.—José NOGALES.

Leyes de la República Española

Colección JURIS

DIRECTOR: E. BARRIOBERO Y HERRÁN

Tomitos encuadrados en tela, utilísimos para Abogados, Procuradores, Jueces, Comerciantes, etc., etc.

VAN PUBLICADOS

	Ptas.		Ptas.
I.—Toda la legislación electoral.	3	IX.—El Divorcio y las leyes laicas de la República.	3
II.—Legislación del trabajo y de la jornada.	3	X.—Leyes del timbre y Derechos reales.	3
III.—Toda la legislación hipotecaria.	4	XI.—Código Penal de la República.	3
IV.—Todas las leyes políticas.	3	XII.—Toda la Legislación Agraria de la República.	3
V.—Legislación Municipal.	2	XIII.—Toda la Legislación sobre Accidentes del trabajo en la Industria y en la Agricultura.	3
VI.—Código Penal de 1870.	3		
VII.—Código de Comercio.	3		
VIII.—Manual del Jurado.	3		

Yagües * Editor * Madrid

Colección Popular de Leyes

Edición de un éxito enorme y a un precio reducidísimo, que contiene todas las Leyes nuevas, promulgadas por la República.

Edición muy cuidada.

VAN PUBLICADOS

- I.—Jurados Mixtos.
- II.—Contrato de trabajo.
- III.—Accidentes de trabajo.
- IV.—Colocación obrera y trabajadores extranjeros.
- V.—Reglamento para la aplicación de la ley de Accidentes del trabajo. (Dos volúmenes.)
- VI.—Régimen obligatorio del retiro obrero.
- VII.—Seguro de maternidad.
- VIII.—Ley de paro forzoso.
- IX.—Patronato de Previsión Social.
- X.—Tribunal de Garantías Constitucionales (dos volúmenes).

Precio de cada volumen: UNA peseta.

EN PUBLICACIÓN INMEDIATA

- Ley de Congregaciones religiosas.
Ley de Ordenación bancaria y Estatutos del Banco de España.
Contribución sobre la renta.
Ley de Orden Público y ley de Vagos.

Todas van con anotaciones y acompañadas de las distintas disposiciones a que se hace alusión en el texto.

LOS GRANDES APÓSTOLES DE LA REVOLUCIÓN MUNDIAL

Colección ordenada y prologada
por Edmundo González-Blanco

Tomo I. *El socialismo expuesto por Carlos Marx.*

» II. *El sindicalismo expuesto por Sorel.*

» III. *El anarquismo expuesto por Kropotkin.*

» IV. *El comunismo expuesto por Lenin.*

» V. *El federalismo expuesto por Pi y Margall.*

» VI. *El nacionalsocialismo expuesto por Hitler.*

En preparación: *El fascismo según Mussolini.*

No deje usted de adquirir esta colección, verdadera síntesis del actual
movimiento del Mundo.

Precio de cada volumen: CINCO pesetas.

DANTE VIVO

POR

GIOVANNI PAPINI

Un tomo de
400 páginas,
con una lámi-
na y sobrecu-
bierta: 8 ptas.

La figura del Dante
Alighieri, la imagen
del creador genial de
La Divina Comedia,
la vida del florentino
famoso, son exalta-
das y hasta puede
decirse reveladas por
primera vez por este
florentino ardiente
de catolicismo y de
lírica que es GIO-
VANNI PAPINI.

LIBRERÍA «RIVERO GIL»

SERVICIO GENERAL
DE LIBRERÍA

Publicaciones y material pedagógico.
Suscripciones a plazos.

BECEDO, 9 TELÉFONO 20-49
SANTANDER

LIBRERÍA GENERAL Jacinto González

LIBRERÍA RELIGIOSA Y ESCOLAR

Libros de texto * Librería extran-
jera * Bibliotecas populares * Bi-
bliotecas infantiles * Ventas a
plazos.

ZAMORA

Teléfono 139 - Apartado 18.

Cuenta corriente: Banco de España. Banco Herre-
ro. Banco Castellano. Banco Español de Crédito.

Doctrina social católica de León XIII y Pío XI, Alberto M. Artajo y Máximo Cuervo.—Colección Labor.

La formación profesional de los trabajadores, César de Madariaga.

La reglamentación del trabajo femenino.—Publicación de la Oficina Internacional del Trabajo.

¿Qué es la tecnocracia?, Raimundo Allen.

La escuela rural activa, Concepción J. Amor.

Adónde va el siglo, Teófilo Ortega.

Machado, crímenes y horrores de un régimen, Carlos G. Peraza.—Editorial Cultural, S. A.—La Habana.—8 pesetas.

Nosotros los espías, E. Quiroga.—5 pesetas.

Dos años de agitación política, Basilio Alvarez.

La selección de los bien dotados, Gervasio Manrique, Inspector de Primera enseñanza.

6 meses entre los nazis, César González Ruano.—Editorial "La Nación".—6 pesetas.



CIENCIAS EN GENERAL

Las maravillas de la Física, J. Ortega Doctrz.—Editorial Aguilar.—Biblioteca de Divulgación.

El enigma solar, E. Gullón.—Biblioteca de Divulgación. Editorial Aguilar.

Tratado práctico de Ingeniería, Francisco Casals Beltrán.

Tratado práctico de luminotecnica.—Editorial Montaner. Barcelona.

Taquigrafía simplificada, Emilio Hug.—Editorial Elzeviriana. Barcelona.

De re militari, comandante V. Montojo.—8 pesetas.

Historia de la Química, Hugo Baüer.—Colección Labor.

El mundo que nos rodea. Astronomía, Jeans (James).

El libro del aprendizaje. Mecanografía, Mateo Marín Burgos.

Un tratado de Mecanografía, licenciado en Farmacia don Julio Valenciano.



PSIQUIATRIA, MEDICINA Y SEXOLOGIA

Verdadera iniciación sexual de la juventud, doctor J. M. Harrison.—Editorial Roch. Barcelona.—Encuadernado en tela, 8 pesetas.

Psicotecnica, Fritz Giese.—Colección Labor.

Anormalidades mentales y educación difícil de niños jóvenes, Erich Stern.

Cuestiones de Dietética, Jaime Pí y Sunyer.



Filosofía del Derecho, Gustavo Radbruch.

Nuevos hechos, nuevo Derecho de Sociedades Anónimas, Joaquín Garrigues.—Editorial Revista de Derecho Privado.

Introducción al Derecho civil, Paul Oertmann.—Colección Labor.

Tratado de Derecho judicial civil, Luis Mattiolo.—Biblioteca Jurídica de Autores Españoles y Extranjeros.—Editorial Reus.

Código de Comercio español.—Biblioteca Reus del Estudiante.—En tela, 3 pesetas.



FILOSOFIA

Aristóteles.—Obras completas.—Política.—Tomo LXIX. Editorial Nueva Biblioteca Filosófica.

Ambiente espiritual de nuestro tiempo, Karl Jaspers.—Colección Labor.



GEOGRAFIA E HISTORIA

Historia y estampas de la villa de Madrid (tomos V y VI: "Reinados de Felipe III y Felipe IV"), F. Carlos Sáinz de Robles.



BELLAS ARTES

Cerámica española, Manuel González Martí.—Colección Labor.

Arqueología clásica, José Ramón Mélida.—Colección Labor.



ERUDICION. FILOGIA. DICCIONARIOS. CATALOGOS

Documentos referentes a Mateo Alemán y a sus deudos más cercanos (1546-1607), F. Rodríguez Marín.

Diccionari genaral de la llengua catalana.—Nova edició.—Institut d'Estudis Catalans.

Anuario de la Unión Nacional de Exportación Agrícola, 1932, Siliceo.—Sucesores de Rivadeneyra.—5 pesetas.

El nuevo catálogo del Museo del Prado.—Advertencia preliminar del Subdirector, don Francisco Javier Sánchez Cantón.

ECO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

	<i>Ptas.</i>
<i>Seis meses.</i>	<i>3,00</i>
<i>Un año.</i>	<i>5,00</i>
<i>Extranjero, año.</i>	<i>7,50</i>

*Se gestiona que los señores suscriptores
obtengan un descuento en sus compras de
libros.*

*Publicidad y encartes, consúltese al señor
Administrador de la Revista ECO. Apar-
tado 502. Madrid.*

Número suelto: 0,50 pesetas.

*La Revista ECO está impresa y distribuida por la
Agencia General de Librería y Artes Gráficas.
Pi y Margall, 9. Apartado 502. Teléfono 26647.*